

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.
Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

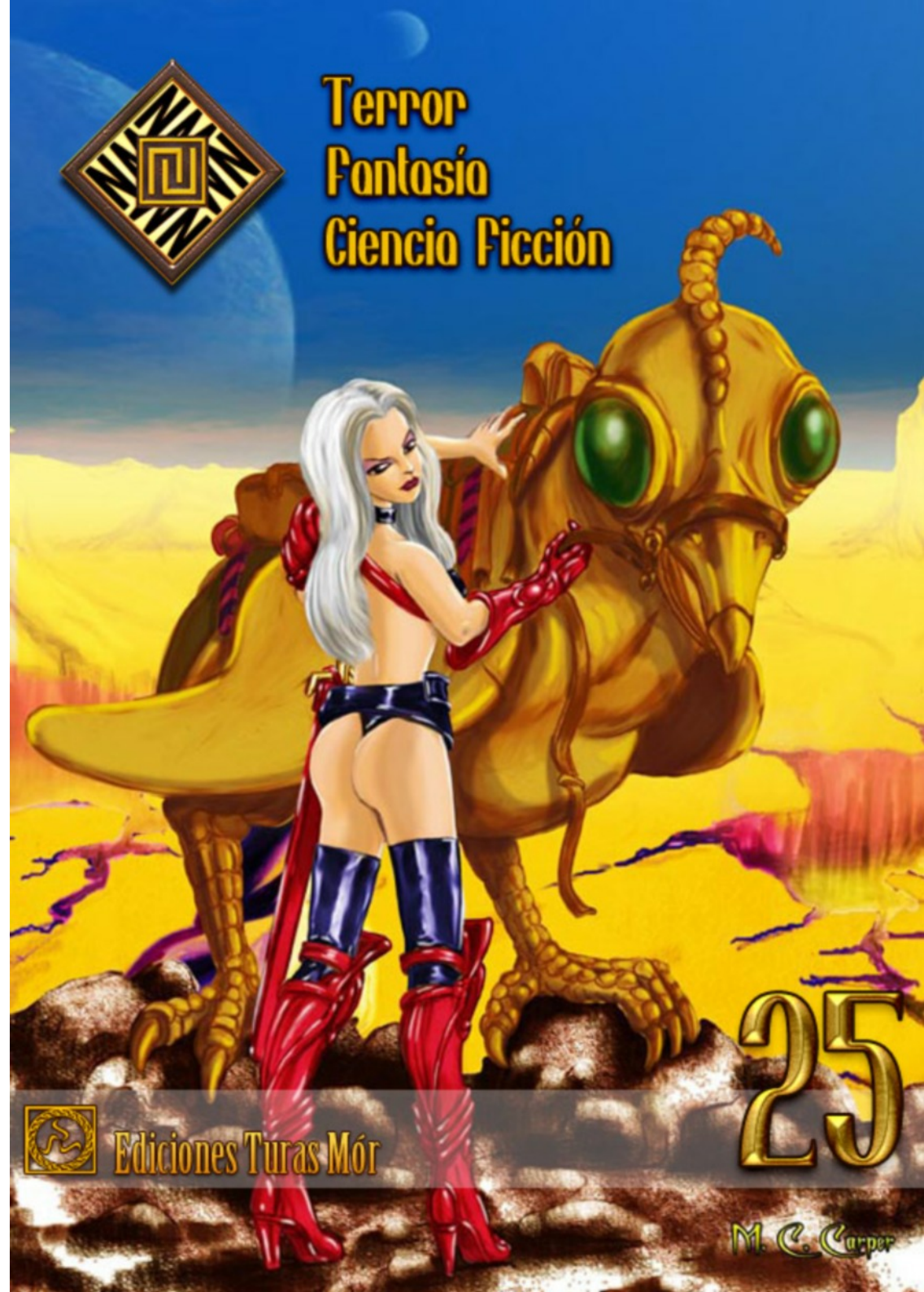
<http://editores.sub.cc/>

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina, y posteriores,
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.



Ediciones Turas Mór

M.C. Carper



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial	3
<i>Los Romaánticos</i> (TERESA P. MIRA DE ECHEVERRÍA)	5
<i>Lamento</i> (CÉSAR R. LUCIO PALACIO)	16
<i>Y ahora los errantes seremos nosotros</i> (DAMIÁN NERI OSORIO)	19
<i>El círculo</i> (GUILLERMO ECHEVERRÍA)	33
<i>El encanto de un planeta</i> (CHINCHIYA P. ARRAKENA)	39
<i>Un enjambre de solitarias es una contradicción lingüística en sí misma</i> (HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO)	44

NM

www.revistanm.com.ar
directornm@revistanm.com.ar / revistanm@gmail.com
http://sites.google.com/site/revistanm / www.facebook.com/RevistaNM

Dirección y grafismo:
SANTIAGO OVIEDO

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Revista de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan
la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para e-ditores.

Safe Creative ID: 1207212005918

Se agradece por haber tomado parte en este número a: JAVIER ARNAU,
AXXONITA y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada: "Taarna"
(M. C. CARPER —http://carpermc.blogspot.com.ar/—)

"¡Diez mil solitarias de distinto ADN ensañadas con un solo individuo! ¡He aquí una demostración práctica de mi tesis imposible de refutar!".

El intruso se desploma en el piso, sin que el enjambre de solitarias se espante. El cuerpo ya ha comenzado

a hincharse a pasos acelerados y no se detectan signos de respiración a través de las imágenes. La hora de muerte se fija de común acuerdo a las 2558:04:23:03:44:03.

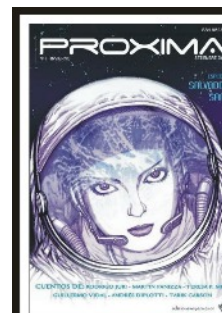
Fin del informe.

© HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO, 2012.



HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO
(Argentina —Buenos Aires, 1969—)

Redactor publicitario, prolífico autor de reconocimiento internacional, en **NM** publicó "La araña tiene patas cortas" (# 4), que obtuvo el 2º accésit en la categoría "Cuentos" del I Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas (2008), "La hora de la hinchada" (# 17) y "Sin serif" (# 19).



PROXIMA
es una revista trimestral dedicada a la difusión del género fantástico y la ciencia ficción producidos en el mundo hispanohablante.

http://revistaproxima.blogspot.com/

Consíglala en:

* CLUB DEL COMIC:
Montevideo 255, Capital Federal
(A 1 cuadra de Av. Corrientes)

* ENTELEQUIA Suc. Belgrano
Juramento 2584
(a 1 de Av. Cabildo)

* LIBRERÍA DE ARTES Y LETRAS
Avellaneda 306, Caballito, Capital
(Casi esq Campichuelo)



– Profesor – 2558:04:23:03:37:29”, dice el registro del lector).

La sombra se desliza en el interior del laboratorio. Mira de reojo la cámara de la recepción y le da la espalda mientras se aleja por el pasillo.

La cámara de mitad del pasillo pivotea mientras la sombra pasa, apurada, pegada a la pared opuesta.

La cámara del sector de almacenaje de especímenes lo ve llegar y pararse frente a la puerta. El intruso saca un objeto de un bolsillo (presumiblemente, el globo ocular del profesor Andrómaco) y lo pone frente al escáner. La lectura da error dos veces (no hay un tercer intento, que hubiera bloqueado el sistema). El intruso guarda el objeto y comienza a caminar en círculos, gesticulando y hablando sólo (el sistema de seguridad no posee audio y el programa de lectura labial no puede decodificar más que sílabas inconexas en este punto).

De pronto el intruso vuelve a acercarse y coloca su rostro frente al escáner. La puerta tarda apenas un segundo en abrirle paso (“Perseo – Estudiante – 2558:04:23:03:39:12”, dice el registro del escáner). [El protocolo de seguridad había cancelado los permisos de acceso del sospechoso a los edificios; no los de circulación interna. Este procedimiento ha sido revisado y corregido].

El intruso aparece de inmediato frente a la cámara que apunta al silo de las solium anatolia. Se acerca a una de las trampillas y apoya su mano, dos veces, sin resultado aparente. El intruso retira la mano y la mira. Está tan sucia como el resto de su

persona. Se escupe la palma, la frota con la otra y las seca en el pantalón. Apoya nuevamente la palma y esta vez la lectura es positiva y permite la extracción del espécimen. Sólo que en lugar de utilizar la trampilla (el intruso no lleva ningún frasco de muestras), se acerca a la puerta de acceso general, la abre y entra. [La cerradura del silo se liberaba desde el escáner de las trampillas; esta deficiencia de seguridad ha sido corregida].

No hay cámaras en el interior del silo y la densidad del follaje impide la visión desde las exteriores. El intruso permanece exactamente 00:02:14 en el interior.

En este punto (la grabación marca 2558:04:23:03:42:57) la alarma ya ha alertado al personal de seguridad, que se ha movilizado hacia el laboratorio. Los guardias llegan a la entrada del silo cuando el intruso vuelve a salir, y quedan paralizados (es visible el estupor en sus rostros y la total carencia de reacción). El intruso se ha despojado de sus ropas y su cuerpo está completamente cubierto por una capa negra, irregular. Al caminar hacia los guardias, algunos puntos negros remontan vuelo y vuelven a posarse exactamente en el mismo lugar. [Los profesores han revisado esta parte de la grabación repetidas veces hasta corroborarlo].

El intruso se detiene frente a los guardias (que retroceden apenas), levanta y extiende los brazos, como para mostrar todo su cuerpo, y habla (en este punto, la lectora de labios y el testimonio de los cuatro guardias coinciden palabra por palabra):

El antiguo sistema de castas de la India puede llegar a escandalizarnos, pero en nuestra sociedad, por lo general, se terminó enquistando la de las dirigencias.

Para conservar o aumentar sus privilegios, en sus batallas ella acude al común para enrolarlo en sus huestes, cual prescindible peón o anónima piedra de go.

El común es ajeno a todo eso, pero no lo sabe. Es ajeno a las finanzas (lo suyo es la economía doméstica, expresión en la que la morada helénica se entretiene de manera redundante, en la lucha por la subsistencia diaria, con la vivienda latina). Es ajeno a la política, salvo cuando es convocado para brindar su apoyo a otros (pero cada vez que se indigna y reclama “que se vayan todos” no es escuchado).

Se lo ve como una masa indiferenciada, como un bosque fértil proveedor de recursos. Pero no se alcanza —o no se quiere— apreciar a cada árbol en sí mismo. Se ignora olímpicamente al sujeto singular. Porque, en realidad, no todos los integrantes del común se conforman con ser rehenes de quienes se consideran destinados a dirigirlo. Algunos tienen inquietudes.

Muchos de ellos optan por permanecer emboscados y conservar su identidad. Reconocen el poder, pero no los impresiona. No creen en él. No lo buscan. No le temen.

Ante la prepotencia, las falacias, las chicanas y la ineptitud de los que se sienten poderosos, prefieren usar su capacidad para generar pequeños chispazos de luz en la caverna en la que moramos.

A veces esos destellos convergen en un punto y el resplandor que se produce permite ver más lejos, más profundo. Son los pequeños grandes logros que le dan sentido a la historia de la humanidad.

Pero la emboscadura del sujeto singular no es gratuita, porque los riesgos del bosque también lo afectan. Las fieras y los demás peligros lo obligan a tomar decisiones. Tiene que sopesar lo que debe y lo que quiere, que no siempre es lo mismo. En ciertas ocasiones, tanto hacer como no hacer tal vez sea lo más ético, pero las consecuencias pueden llegar a ser desagradables o más graves —quizá más infamantes— que optar por lo que acaso no es tan correcto. Seguramente hay cosas más feas que bañarse en la sangre de un dragón, como lo hizo Sigfrido, aunque el premio sea grande.

El emboscado tiene que enfrentarse a la tentación y resistirla, sin avergonzarse cuando cede ante ella. Porque la única manera de seguir siendo individuo es aceptándose, con sus virtudes y defectos.

Sobre el sujeto singular se cierne siempre, omnipresente, el sino del héroe. La grandeza del finés Kullervo del *Kalevala*, del tolkeniano Túrin Turambar, de Edipo o de Heracles se hace evidente con sus caídas. El maravilloso periplo de Jasón o las hazañas de Teseo no se ven empañados por sus pecados ni sus finales trágicos.

Es una elección personal —o acaso no—; como la de Cúchulain, el héroe del Úlster, que prefirió una vida breve y gloriosa, antes que una larga e intrascendente.

Todos tenemos que afrontar un viaje tan azaroso como el de Odiseo. El largo viaje, el gran viaje (*turas fada, turas mór*, en gaélico).

Acaso dure años, como para el personaje de HOMERO. O apenas un día, como para el de JOYCE.

Mientras tanto, al escribir esto, aparece en Internet la noticia de la muerte de JOHN LORD. Que haya llegado bien a puerto. Es un buen momento para escuchar “Lazy”.

S. O.

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 3.5. Las imágenes se trabajaron con IrfanView 4.32 y Gimp 2.8. La revista se armó con Serif PagePlus X6. Los archivos PDF se optimizaron con jPDF Tweak 1.1.

lo había visto cargar el cuerpo. Pero a cada instante esperaba ver a alguien acercándose, corriendo, gritando, acusándolo.

El guardia lo miraba, como si disfrutara haciéndolo esperar, como si el vehículo de carga sólo le hubiera dado la excusa que necesitaba.

De repente, Perseo se da cuenta: el guardia sabe. Nunca pensó dejarlo salir. Toda esa espera es puro sadismo. Cuando sea su turno le pedirá que se baje, que abra el tráiler de carga, simulando ignorancia, aunque todo el tiempo haya sabido qué lleva adentro...

Sí, sí, lo sabe.

La voz en su cabeza sisea como el viejo.

El árbol termina de pasar. Perseo avanza. El guardia tiene que desconectar la barrera eléctrica. Tiene que dejarlo pasar.

El guardia le hace señal de alto y se acerca.

Va a decirle algo.

“El tráiler. Abra el tráiler”. Eso va a decirte, sí, sí...

Perseo acelera y embiste al guardia. El cuerpo rueda por encima de la cúpula; la cara de sorpresa contra el acrílico antes de caer al pavimento.

El vehículo atraviesa la barrera. El voltaje sólo alcanza para mantener alejados a los animales. La descarga es apenas un momento de guerra.

El estudiante Perseo atropella al guardia y arremete con su vehículo contra el perímetro de seguridad, abandonando el rango de las cámaras

a las 2558:04:22:21:44:10. El testimonio del guardia, aún en choque, pero en franca recuperación física, afirma que lo había retenido un instante más para recomendarle cuidado extremo (en vista de lo sucedido con el profesor Andrómaco) y desearle suerte.

Libertad.

La ruta vuela; el tiempo se detiene.

Muchos kilómetros después su mente vuelve a ser consciente de dónde está. Ya no hay ruta. ¿Adónde va? Ni él lo sabe.

Se ríe.

La radio crepita. Es Patroclo otra vez. Le pide que vuelva. Le dice que no entiende qué sucede. Hace una hora dijo que entendía por lo que estaba pasando, que la presión era mucha.

Miente. Todos mienten. Todos saben. Sí, sí.

Se ríe otra vez. La risa no suena estúpida a sus oídos.

Su tesis. Eso es lo que importa. La tesis está a salvo. La lleva a remolque. Con el profesor. Todo en un solo paquete.

Perseo se ríe otra vez, acelera y se pierde en el laberinto de los manglares de Anatolia.

La primera imagen del siguiente extracto está tomada por una cámara externa, en la entrada del laboratorio. El intruso (imposible un reconocimiento en ese punto, debido a la oscuridad y a la suciedad de su piel y ropa) desliza una tarjeta por la cerradura. Sólo al tercer intento se abre (“Andrómaco

tráiler de carga (en el que solía llevar su equipo técnico cuando iba a los manglares) y se preparó para salir.

Aunque lo que faltaba era lo menos peligroso, el aire amenazaba con faltarle. Respiró profundamente dos o tres veces pero no consiguió relajarse. Lo mejor era terminar rápido con todo. Encendió el motor iónico y salió, despacio, del almacén.

Mientras se alejaba del laboratorio, intentaba no pensar. Sabía que se estaba mintiendo. Que tarde o temprano todo se descubriría, que tendría que huir. Que lo que estaba haciendo era estúpido. Que sólo tenía que volver y *demostrar* con la muestra de Andrómaco que su tesis estaba equivocada para quedar completamente libre de culpa.

Pero esa tesis era lo único que tenía. Lo único que sentía realmente suyo. Era su posibilidad de ser grande. De ser alguien. En esos cien metros que separaban el laboratorio del perímetro de guardia, descubrió que no le importaba ser recordado como asesino si evitaba ser olvidado como científico.

Frenó el vehículo junto al domo del guardia con tanta torpeza que el motor se apagó. El guardia se acercó y se agachó para mirarlo.

—Voy a recolectar muestras—dijo Perseo, señalando con un ademán el tráiler de atrás—. Para mi tesis.

El guardia lo miró y asintió.

—Golpeado, ¿no? El trabajo le va a hacer bien.

Sobresaltado por el comentario, Perseo lo miró con más atención. Reconoció al guardia que había estado esa tarde en el la-

boratorio. Para él, los de seguridad sólo eran parte del paisaje, un mal necesario.

“Eso espero”, se oyó decir.

El guardia volvió a asentir y le hizo la seña de que siguiera adelante. Perseo encendió el motor después de dos intentos fallidos (hasta el botón de ignición parecía confabularse en su contra) e iba a avanzar cuando el guardia se paró delante con la mano en alto.

Un vehículo de carga estaba en el exterior del perímetro, esperando para entrar. Remolcaba una plataforma ingrávida, cargada con un bulto indefinido.

El guardia le hizo señas para que retrocediera.

¿Por qué yo? ¡Él llegó después!, gritó su cabeza.

Pero el porqué era evidente. Retroceder era imposible para aquel mastodonte y su carga. Probablemente el remolque terminara fuera de la ruta estrecha.

Aun así, la desesperación lo saltó.

“Estoy muy apurado”, dijo, pero el guardia ya le estaba haciendo señas al otro para que avanzara. Maldijo y puso la reversa. Retrocedió unos metros hasta apartarse.

El vehículo de carga comenzó a desfilar, con una parsimonia insoporrible. Cuando la plataforma de carga estuvo frente a Perseo, pudo ver lo que llevaba: un árbol gigantesco, de formas retorcidas, descansando de costado. Otra de las muestras del equipo de Sófocles.

Perseo se volvió, dos, tres veces, para mirar hacia el laboratorio. Nadie

LOS ROMAÁNTICOS

TERESA P. MIRA DE ECHEVERRÍA

Lugar: Steppendhaffordshire IV, el castillo de lord Giacunthi, ribera norte del Tammmmesis.

Hora: Exactamente en la que estaba dejando de llover sobre el mar de cadmio hirviente. En el preciso instante en que los pinos-acusa susurraban en el viento y los lobos de cromo aullaban a la distancia. A pocos minutos del cese de hostilidades en Flarion VIII, a varios años luz de allí (suceso sin ninguna importancia para nuestros invitados).

El convite: Una de las celebradas reuniones del “Grupo de los Romaánticos” (tertulia inicial, cena, postre y creación de historias).



En un costado de la biblioteca: Lord Giacunthi sentado en un cómodo sillón

de cuero color borgoña, envuelto en su *robe* y fumando un habano.

En el centro de la misma habitación: Sir Appoiagarramundizabal caminando con lentos pasos por sobre la alfombra persa, el coñac—servido en un vaso Tianlong— en una mano (acariciando los dragones ámbar con los dedos), los ademanes gráciles en la otra, el anillo de rubidio brillando en destellos bajo los candelabros de neón de la araña de bronce.

Junto a la ventana del citado recinto: El barón Dinieppireo, su cabello largo sobre los hombros, el *shabot* espumoso cayendo descuidado sobre el pecho, los expectantes ojos dorados en la historia y en la boca del relator. Las cortinas de brocado color marfil enmarcando la elegancia de su chaquetilla de pana violeta.

Entrando al sitio en cuestión desde otra estancia adyacente: El

doctor Strasinsxipttr portando el biomóculo en una mano, el bastón de crisolita y fibra de carbono en la otra, el turbante reclinado sobre la frente. La sonrisa franca demostraba que ya sabía que sería él el próximo relator de historias esta noche.

Sobre una banqueta Jorge XLV, también en el centro del cuarto: La bellísima *lady* Armenstgoff acariciando el galgo ruso —un *borzoi* terrestre— tendido a sus pies; el verde esmeralda del vestido de seda contrastando con su pelaje moteado de gris y azulino (el de *lady* Armenstgoff). Los dedos jugando con el collar de camafeo (los de sus otras dos manos) y pasando de éste a la tulipa de su pipa de *fishís*. Absorta en las palabras del cuentista.

Junto a la chimenea (mismo lugar): Fletcher Harold Robinwiquipitty, lacónicamente apoyado en la caoba de la mesadilla, la lámpara Lalique destellando verdes, rosados y amarillos sobre sus rasgos afilados; las orejas apaisadas, las garras retraídas, el porte de un caballero, el garbo de un noble. Algo de escepticismo en sus ojos, mucho de musgo-patria en su sangre, y un impecable traje de alpaca inglesa con faldón. La capa iridiscente de escamas de *presicratium* cuelga con calculada negligencia de su hombro izquierdo.

En el barandal de nogal del entrepiso de la biblioteca (junto a la sección de Botánica y a un lado de la de Geografía): El coronel Levonairessss, en el típico traje color arena del ejército wistanés, con un libro de lord Byron en las manos (abierto en “*She walks in beauty*”) y estratégicamente ubicado bajo los dos retratos de

Schiller (el heroico de Von Kügelgen y el soñador de Simanowiz), carraspeando en un inútil intento de ser notado. Los ojos bailando entre el avezado cuentista y el escote de *lady* Armenstgoff, el parche en su segundo ojo izquierdo bordado de diamantelas color cereza. Parece una estatua sentada con un pie oscilante en el aire; las botas de búfalo brillando, su cabello ralo y aceitunado peinado con brillantina hacia un costado, los bigotes perfectamente recortados.



—...Y así, rodeado de los más increíbles y bellos manjares, en un jardín de exquisiteces sin par, el joven Lovelace murió de hambre, en silencio.

Por un momento no se oyó ni un sonido en toda la biblioteca. Las respiraciones permanecían contenidas, era como si el espíritu del otrora dichoso Lovelace sobrevolara el lugar con su queja mortecina: “Aquí, alguna vez... o allá”.

Las tenues luces de neón apenas si conseguían quebrar el encanto del mutismo en su vibrar de grillo. Las velas reales se contorsionaron por un segundo mientras el buen doctor sostuvo la puerta a medio abrir. Los labios coralinos de *lady* Armenstgoff se separaron por un breve instante como a punto de decir algo, pero desistieron.

Entonces el coronel aplaudió ruidosamente y todos, a una, prorrumpieron en vítores y felicitaciones. Me temo que más de una lágrima fue disimulada esa noche.

había imaginado posible. Afortunadamente, la concentración de su propio compuesto había sido imposible de enmascarar.

Metió el aguijón en un tubo de ensayo y se sentó, mentalmente exhausto. Ya le había dado al asunto más vueltas de las que podía soportar.

Era obvio que no podía seguir. Realizar las pruebas con el cuerpo de Andrómaco sólo demostraría que el biotipo de la solitaria no correspondía con el genoma del profesor. Y así destruiría su tesis. A menos que confesara que lo había “marcado”.

¿Y si falseaba los resultados?

Todos estaban esperando la comprobación de su tesis. Tenía los resultados, los emparejamientos, en su computadora portátil. Sólo tenía que simular que correspondían a esa prueba...

No, era ridículo. El jurado de la tesis iba a comprobar las muestras. Y, si no llevaba la del cuerpo de Andrómaco, todos sospecharían. Especialmente Patroclo.

Tampoco podía dejar el cuerpo ahí, sin realizar las pruebas, porque Patroclo o Heráclito podían realizarlas y descubrir lo mismo. Y si le realizaban una autopsia y encontraban lo mismo que él —que Andrómaco había estado usando su encubridor— iban a preguntarse por qué la solitaria lo había picado igual. Y muchas otras cosas. A nadie se le iba a pasar por la cabeza la posibilidad de que la fórmula de Andrómaco hubiera fallado.

Contempló el cadáver inmóvil. Tuvo que contenerse para no darle un puñetazo. Nunca se había imaginado que se podía sentir tanto odio

por un montón de carne en proceso de descomposición. Ahora que por fin había comprobado su tesis, y quitado del medio su principal obstáculo, todo volvía a peligrar. ¡Hasta en su muerte se empeñaba Andrómaco en destruir su carrera!

Pateó la camilla con saña. Las ruedas la hicieron derivar hasta chocar con un mueble de aluminio.

A menos que...

Sí...

De esa manera no tendrían cómo realizar contrapruebas. No podrían descubrir si había falseado las muestras.

La cámara exterior muestra al estudiante Perseo abandonando el laboratorio a las 2558:04:22:21:29:54 empujando la camilla con un bulto de tamaño considerable oculto por sábanas. Si bien en esta secuencia aislada nada permite corroborarlo, teniendo en cuenta que el cuerpo del profesor Andrómaco no fue hallado en el interior de las instalaciones del laboratorio, la Comisión coincide en definir la naturaleza de esta carga sin lugar a conjeturas en otro sentido.

No pudo cerrar la tapa en los tres primeros intentos. El cuerpo hinchado ocupaba demasiado espacio. Pero, si había logrado llevarlo todo el camino hasta allí, no iba a rendirse tan fácil. Se sentó encima de la tapa del tráiler y accionó el control al mismo tiempo. Escuchó el chasquido de la traba automática y se levantó, despacio. La tapa permanecía en su lugar.

Fue en busca de su vehículo y lo metió marcha atrás en el almacén del laboratorio. Enganchó el pequeño

El primer pensamiento que acudió a su mente fue negarse. Aborrecía la sola idea de tocar ese cuerpo.

—Yo... no podría... el cuerpo...

—Sí, imagino que será doloroso para ti, como lo sería para cualquiera de nosotros. Pero con extraer el aguijón y una muestra de piel basta. Puedes cubrir el cuerpo y olvidarte de él. Luego haremos los preparativos para el entierro de mañana.

Los profesores comenzaron a retirarse, dando por sentado que su silencio era un asentimiento. Perseo buscó argumentos para oponerse, pero ninguno era lógico.

Aristófanes y Sófocles salieron por la puerta. Heráclito se detuvo sólo un momento para hablar con el guardia y acompañarlos. Patroclo se volvió antes de salir:

—Gracias a ti, Perseo, el nombre del profesor Andrómaco aún puede ser parte de la historia de la solitaria y de Anatolia.

Y se fue, dejándolo solo con el cuerpo.

Los profesores Aristófanes, Sófocles, Heráclito y Patroclo dejan al estudiante Perseo a las 2558:04:22:18:31:07 en su cubículo del laboratorio, con el cuerpo del profesor Andrómaco. El tiempo transcurre en el contador de la cámara. El estudiante permanece estático evitando mirar la camilla...

Pasaron dos horas hasta que el gentío de la puerta se convenció de que nada nuevo iba a pasar y se dispersó. Incluso el guardia. Perseo esperó un rato sentado, sin tocar el cuerpo que descansaba sobre una camilla.

Después, por hacer algo, se puso a buscar la picadura.

Le llevó casi veinte minutos descubrirla.

Había supuesto que la solitaria picaría al profesor donde él lo había impregnado con la feromona, así que comenzó la búsqueda en la mano izquierda. Pero allí no había nada. Tampoco en el brazo o antebrazo. Sólo al levantarlo un poco descubrió la picadura en la cintura, un poco hacia la espalda. A esa altura debía colgarle la mano al estar de pie.

Tomó una pinza del instrumental y con ayuda de un bisturí escarbó hasta extraer el aguijón. La solitaria lo había introducido apenas pero el tejido se había expandido alrededor, absorbiéndolo.

Lo miró al trasluz. Ahí estaba. El aguijón asesino. Había tenido muchos en sus manos, pero ninguno que hubiera cumplido con su cometido. Sabía que la diferencia estaba en su mente, pero aún así se veía distinto.

Como la abeja terrestre, la solitaria moría al dejarlo en su víctima. También dejaba una carga de huevos que se alimentaban del cuerpo inmovilizado. Era una suerte que para los humanos la alergia misma ya resultara fatal.

Recordó que Patroclo le había dicho que Andrómaco había estado trabajando en un encubridor de feromonas. Le realizó un análisis a partir de una muestra epidémica. Descubrió que su piel estaba impregnada de una sustancia extraña. Por eso se había mostrado tan tranquilo esa mañana, mucho más de lo que Perseo

Era el triunfo de *sir* Appoiagarra-mundizabal; alzó su cresta cobriza y realizó la más refinada y aristocrática de cuantas reverencias se hayan visto en el castillo Giacunthi.

Sus ojos de serpiente destellaban orgullo y gratitud al mismo tiempo.

Mientras los droides entraban con los postres y el café y, aún en medio de un tumulto de felicitaciones, el barón se acercó al piano y con gesto inspirado comenzó a tocar la sonata n° 14 de Beethoven, aquella que alguna vez se llamase “Claro de Luna” y que desde hacía quinientos años se había repopularizado como “Más allá de toda palabra”.

Los concurrentes aprobaron la agudeza de Dineppireo; aquello era la coronación ideal de la historia.

Finalmente todos se dispusieron a escuchar el segundo relato de la noche. Se sentaron en sitios levemente distintos a los originales y aguardaron a que lord Giacunthi, como anfitrión de la velada, hiciese los honores y eligiese al próximo cuentista.

Giacunthi se levantó de su butaca, caminó pensativo hacia Boris, su *borzoi*, y agachándose a su lado formuló una pregunta, a todas vistas, retórica.

—¿A quién podré seleccionar ahora?

Strasinsxipttr sonrió bajo la sombra de su turbante cuando su nombre fue pronunciado.

Aquello era obvio a su mente científica: a un soñador debía seguir un pragmático; ergo, él era la opción más evidente en un hipotético plan de simetría literaria.

Se aclaró la garganta, apuró su café con *whisky* y se recostó en su poltrona mientras entrecerraba sus ojos.

—Me temo que no tendré la elocuencia ni la inspiración propias de mi predecesor —aquí ambos se hicieron una inclinación de cabeza mutuamente—, pero intentaré hablar acerca de algo que bien podría denominarse “el caso del anciano olvidado”.

El hechizo se tejía nuevamente y los invitados se disponían a dejarse encantar.

Robinwiquipitty arrojó su capa al suelo y se sentó en ella junto al *borzoi*, para darle confituras.

El doctor captó este gesto y comenzó el relato mirando directamente hacia él.

❧

El emblema holográfico aún relucía en el metal oxidado del transporte; una calcomanía barata con un centauro encabritado en ella.

La imagen sucia de otro centauro ondeaba en la tela de la bandera andrajosa, sobre la cabaña de plástico.

“Comfortably numb” sonaba a lo lejos, como proviniendo de ninguna parte.

Un pequeño sol naranja iluminaba el cielo y, sobre el horizonte dominado por colinas de polvo y unos cuantos desnutridos árboles morados, dos soles enormes y lejanos se encimaban el uno al otro.

Y, en una silla cuya integridad estaba puesta en duda, un viejo dor-

mitaba junto a una botella de ouzo. El olor del anís lo impregnaba todo a su alrededor.

El viejo hablaba en sueños; recordaba la revolución, con las sangrientas batallas que habían precedido a la liberación de Próxima Centauri del yugo terrestre.

Entonces su sueño se tornaba pesadilla. Tan sólo había hecho falta un simple motor para que la independencia no valiese nada. En su soñar volvían a despegar las naves, surcando el espacio hacia planetas más benignos, ahora sin el impedimento de las distancias. El nuevo motor los llevaba adonde quisieran ir, más allá de la Tierra y de Alfa Centauri, más allá del sistema solar y de cualquier otro límite humano.

El viejo despertó sobresaltado; su temor onírico hecho realidad: estaba solo en el planeta, solo con los muertos que habían dado su sangre por la liberación de un mundo que a nadie le importaba ya.

En cierta forma los comprendía; no podía culparlos: él también se hubiera ido muy lejos de los opresores, de haber podido en aquel entonces...

—No, a quién engaño; no lo habría hecho.

Se levantó de la silla y ésta, como siempre, cayó al piso.

—Qué serías sin mí, ¿eh? —le reconvinó el viejo—. ¿Cómo lograrías mantenerte en pie si yo no me desmayara encima de ti cada día?

La silla lo miró con ternura y sonrió de medio lado, luego emitió una risita apenada y se enderezó.

El viejo tomó su botella de ouzo, bebió un largo trago y, arrojándola

al suelo, esperó a que se llenase de nuevo.

Con la botella no se llevaba muy bien; era como una bestezuela maliciosa, siempre tentándolo, siempre esperando que volviese a ella.

Caminó arrastrando los pies, para acostumbrarse a su edad, aunque no tenía que hacerlo; pero haber vivido mucho implicaba ser anciano y ser anciano implicaba arrastrar los pies, sentirse tironeado por un largo pasado que se llevaba a la rastra y pesaba.

Miró la cabaña, pero no entró. Hacía años que no entraba en ella; no necesitaba los recuerdos que estaban allí.

Algo le decía que estaba caminando en círculos de nuevo, posiblemente su GPS.

La antigua herida comenzó a dolerle otra vez; hacía cientos de años que se la habían causado en una de las batallas de la independencia y jamás había sanado totalmente.

Después de todo el proyectil seguía allí y allí seguiría, envenenándolo con su radiación hasta mucho después de que su cuerpo se descompusiese.

Sí, claro que había enseñado a muchos cómo curar este tipo de heridas en la guerra, pero no había tenido éxito con la suya y hacía mucho que no creía en las ironías.

También recordaba haber enseñado a luchar a los jóvenes que luego murieron en el campo de batalla e incluso les leía poesía en las trincheras, para que su vida no transcurriese en vano. O eso creía; su memoria no funcionaba muy bien ya.

Algo de su asombro debió traslucirse en su expresión, porque Patroclo continuó.

—Sé bastantes cosas de ti y de tu trabajo, Perseo. El profesor solía charlar conmigo acerca de sus alumnos más avanzados. Y tenía muchas esperanzas de ti. De hecho, esperaba que tu tesis hiciera innecesario su propio trabajo.

—¿Su... trabajo?

—Andrómaco trabajaba en un enmascarador de feromonas, una especie de repelente para la solitaria. “Capa de invisibilidad” lo llamaba él en broma... —Secó sus ojos—. Lástima que no la llevara puesta hoy por la mañana, ¿verdad?

Patroclo lo palmeó en la espalda, como si él necesitara ser reconfortado, y salió para hablar con Heráclito, que había regresado y esperaba en el pasillo.

A pesar de las ganas de marcharse, Perseo permaneció sentado. La conversación lo había descolocado. Como si Patroclo hubiera hablado acerca de otra persona, no de Andrómaco. Era cierto que el profesor le había dicho muchas de esas cosas. Pero Perseo sabía que eran parte de su falso discurso paternalista.

Lo más difícil de entender era que, a pesar de lo que Andrómaco le había hecho, Patroclo lo idolatraba. Se había convertido en su amigo. ¿Cómo podía alguien dejarse pisotear y luego abrazar a su verdugo? Ridículo.

Se puso de pie, decidido a marcharse. Ya había cumplido con su papel de estudiante compungido. La tesis estaba lista. No tenía por qué

pasar un segundo más allí, junto a ese repulsivo cadáver.

Los profesores estaban en grupo en el pasillo, debatiendo algo en voz baja. Ninguno podía verlo, así que se dirigió a la entrada.

—Perseo...

La voz de Patroclo.

Perseo giró, poniendo todo su empeño en evitar que el odio se trasluciera en su mirada. Patroclo estaba apenas un paso más cerca que el resto de los profesores, todos pendientes de él. Se puso en guardia; listo para correr, si era necesario.

—Estuvimos hablando y decidimos que tú saques provecho del cuerpo del profesor Andrómaco.

—¿Cómo?

—Sabemos que estás trabajando tu tesis con relación a las feromonas de la solitaria. Y la opinión de Heráclito —El aludido asintió—, y la mía también, es que realizar el emparejamiento a partir de un cuerpo afectado te será de mucha ayuda. Mucho más que partir de un preparado inerte.

Perseo no podía pensar. Las palabras resonaban en su cráneo como si allí adentro no hubiera nada más. Nada propio, sólo una caja de resonancia para las palabras de Patroclo.

—La comprobación de que la feromona del profesor coincide con los pares genéticos de la solitaria que lo picó será el moño para tu tesis —Heráclito casi sonreía al decirlo—. Y salvará muchas vidas en el futuro de Anatolia.

—Es lo que el profesor hubiera querido, Perseo —dijo Patroclo, acercándose y poniendo otra vez la mano en su hombro.

—Sí, toda la noche. —No tenía sentido mentir acerca de eso; era fácil de comprobar—. Me fui muy temprano. El profesor Andrómaco... recién llegaba...

—Es probable que seas el último en haberlo visto con vida... Antes de la picadura, quiero decir.

—Y no... ¿no pudo decir nada el profesor? —preguntó Perseo.

—No. Después de una picadura de solitaria, resulta imposible hablar. La inflamación externa no es nada comparada con la de los tejidos internos. —Aristófanes parecía estar dando una de sus clases de patología—. Todos los órganos se dilatan al mismo tiempo... y no hay lugar para todos allí adentro...

A Perseo casi no le molestó la perorata. El alivio (saber que, a pesar de durar tanto, Andrómaco no había podido hablar) era más que suficiente para relajar su ánimo.

—¡Basta, profesor! —Patroclo se acercó, interponiéndose entre él y Aristófanes—. El estudiante ya tuvo demasiadas lecciones por un día, ¿no le parece?

Y llevó a Perseo por el pasillo. Caminaron. Se detuvieron en una puerta.

—¿Es tu laboratorio?

Perseo tardó en reconocer lo que miraba. Asintió.

Patroclo lo ayudó a posar su palma en la cerradura. Una vez adentro, lo obligó a sentarse.

—Te tuvo toda la noche trabajando, ¿no?

Perseo alzó la cabeza y se encontró con la mirada escrutadora de Patroclo. La conversación de la noche

anterior con el viejo de la limpieza apareció de inmediato en su mente. Patroclo había pasado por lo mismo. Tenía las mismas razones que él para odiar a Andrómaco. ¿Sospecharía algo? De ser así, ¿sería aliado o enemigo?

Decidió ser cauto.

—Sí. Para que avanzara con mi tesis.

—Tu tesis, claro... A mí me hizo lo mismo, ¿sabías?

Miraba el piso. Parecía más pendiente de recuerdos que de averiguar algo, pero Perseo no se fiaba.

Patroclo no esperó a que le respondiera.

—Fue hace quince años. Y no una noche: todo el invierno de Güiraba, el peor que conocí en mi vida.

—Inclinó aún más la cabeza; la oscuridad no le permitió a Perseo descubrir la expresión de su rostro—. Pero le estoy sumamente agradecido, claro.

En ese instante levantó la cabeza y Perseo pudo ver su cara bañada en lágrimas. Aquella reacción lo sorprendió tanto como encontrar a Andrómaco con vida.

—El profesor no sólo enseñaba, ¿sabes, Perseo? También era un forjador de caracteres. Nos ponía a prueba para que nos superáramos. En mi caso, me enseñó el valor de la perseverancia. —Una risa se le escapó de golpe—. Perseverancia... El profesor decía que era lo único que no necesitaba inculcarte a ti, Perseo. Perseo por perseverante, decía.

Escuchar aquello en boca de otro fue como un puñetazo. ¿De verdad lo creía Andrómaco? No. Seguramente era una broma a sus espaldas.

Hasta hacía unos años, aún solía venir algún que otro periodista o historiador a preguntarle cosas. Bueno, no venían en persona; sólo lo entrevistaban vía transcomunicador.

“¿Ése de allá es usted?”, preguntaban asombrados cuando les daba el tour virtual por la Ciudad Olvidada.

—¿El de la estatua? —Realizó la mímica el viejo, remedando la antigua conversación, hablando con sus recuerdos en voz alta—. ¡Les dije que esperaran a que estuviera muerto!

Las carcajadas resonaron en el valle.

Y luego preguntaban cosas como estadísticas, campañas, estrategias... Él siempre lo recordaba todo.

—¿Una poesía, y de las mías? —El viejo le hablaba al aire, y la silla abrió grandes los ojos asombrada—. ¡No, no por favor! No querrá cansar a su audiencia.

Pero la botella de ouzo siguió relleniéndose tranquila; le era muy familiar ese histrionismo conmemorativo.

Entonces declamaba una larga y tensa alegoría de la guerra, una que en realidad parecía un poema de amor y que todos confundían con eso.

—¿Solo? ¿Cómo puedo sentirme solo? Eso es imposible.

Pero sí se sentía solo y muchas veces.

Ahora, por ejemplo, era una de ellas.

Suspiró resignado y salió caminando hacia la colina oeste; antes recogió su ouzo y su viejo e innecesario sombrero de caminar.

El transporte tosió tímidamente, convidándolo. El viejo giró la cabeza y le hizo un ademán con la mano: hoy no, gracias. El holograma brilló por un instante mientras el transporte arrancaba; se iba a colocar junto a la silla, bajo la sombra del viejo árbol medio muerto y, con un suspiro, apagaba de nuevo sus motores.

—No voy muy lejos; no, señor. Ella sabe a dónde voy, ¿eh? —La botella de ouzo no respondió—. Sí que lo sabe; vamos a la colina oeste. Vamos allá.

Caminó sin prisa. A veces se olvidaba de arrastrar los pies e iba derecho; a veces se acordaba y cojeaba un poco.

Cuando por fin llegó al cementerio, se acercó a una tumba en particular, dejó la botella a un lado (que se alejó rodando y temblando) y comenzó a cavar con sus propias manos.

Pocos minutos hicieron falta para desenterrar el cuerpo. Quitó la cabeza y se la llevó bajo el brazo hasta un rincón donde había una cruz y un banquito.

Tomó la cabeza y la puso frente a sí, sobre la pila de energía.

En pocos segundos los ojos se abrieron.

—Kheiron, ¿puede ser que te vea otra vez?

Los ojos del viejo se llenaron de lágrimas; hacía mucho que no escuchaba la familiar voz.

—En efecto, Syd; soy yo.

—¡No has cambiado nada! Bueno, eso era obvio, pero sigue asombrándome.

El viejo esbozó una sonrisa amarga.

—Pero... ¡Maestro!

☯

Ingresando a la estancia: El maestro Terry Genorowskyyyy, peinado bohemio y alborotado apenas disimulado por una boina, sobretodo raído en cuyos bolsillos hay varios libros, la corbata de moño negra algo arrugada. Ingresando a la habitación en puntas de pie, quitándose el bajo eléctrico que lleva colgado al hombro como el rifle de un cazador y sentándose en un *chaise longue* cercano a la puerta. El droide corre detrás, pero él le impide que lo presente.

☯

A pesar de él, los invitados corrieron a saludar al recién llegado. Y el buen doctor fue el primero de todos, gritando, en plena alocución “maestro” y corriendo a su encuentro.

Genorowskyyyy, el renombrado dramaturgo y aventurero, respondió extendiendo sus tentáculos y abrazando a Strasinsxipttr, mientras le pedía perdón por la interrupción.

Hubo un instante de alegre confusión donde los invitados saludaron al afamado cofrade; incluso Boris corrió a brindarle sus respetos.

Giacunthi rebosaba de orgullo: el más célebre miembro del grupo había llegado por fin y honraba su casa.

Genorowskyyyy volvió a disculparse: —Querido doctor Strasinsxipttr, es una total descortesía lo que he he-

cho y no puedo menos que pedir humildemente perdón por tamaña desconsideración. ¡Interrumpir así un momento de creación! ¡Oh, amigo mío, mil perdones! Y a usted, lord Giacunthi, ¿qué he de decirle? Entrando como un ladrón, escabulléndome sin anunciarme, evitando a sus droides de protocolo; lo siento en verdad muchísimo.

El anfitrión corrió a abrazar al joven maestro. ¡Por Dios, no había nada que perdonar, ésta era su casa y le rogaba que, de ahora en más, así la considerase!

Un aplauso general selló la —ahora sí— gloriosa entrada al castillo Giacunthi del más célebre de los Romaánticos.

La velada había rozado la perfección.

Genorowskyyyy, sonrojado por los cumplidos, insistió en permanecer en su *chaise longue*, mientras el barón y lady Armenstgoff se sentaban a sus pies, sobre la piel de oso blanco.

Strasinsxipttr cerró los ojos por un minuto, retrayendo la historia a su mente; el cuasisilencio provocado por el crepitar eléctrico de las luces de neón era hipnótico y el doctor jugaba con ese efecto.

Todos estaban expectantes.

☯

—¿Estoy muerto, no es así?

—Así lo decidiste hace muchos años, amigo mío.

Syd enarcó las cejas.

Kheiron comprendió.

—Lo siento, amigo, sé que no debí despertarte, pero necesito tu

puesto una manguera en el recto del profesor y, previa costura en la boca, le hubieran bombeado agua a presión hasta convertirlo en un muñeco informe, la piel tirante y a punto de reventar, incapaz de mover un solo músculo.

La cara era lo peor. Los cachetes, la frente, los labios, los párpados. Parecía la víctima de un cirujano plástico loco, que había inyectado colágeno aquí y allá, de manera demencial. Los párpados estaban tan hinchados que Perseo imaginó que sería imposible abrirlos del todo sin cortar.

Por un instante pensó que Sófoles se había equivocado, que Andrómaco estaba muerto. O que había pasado a mejor vida mientras lo iba a buscar a la entrada. Pero el movimiento del pecho de Andrómaco estaba ahí. Casi imperceptible, pero ahí estaba.

Entonces abrió los ojos hinchados y lo miró.

Perseo retrocedió y chocó con un soldado. Todo parecía irreal. Ahora Andrómaco iba a mover un dedo para señalarlo. Abriría la boca y lo nombraría.

Tenía que irse; tenía que correr antes de que lo atraparan.

Por un instante, la cara de Andrómaco fue la de Rebollo González, abriendo sus ojos del coma para mirarlo, para señalarlo, para nombrarlo al unísono con el profesor:

¡Fue él!

Las piernas se le ablandaron y el piso acudió a su encuentro. Un soldado lo sostuvo y evitó su caída.

—Está conmocionado. —La voz de Sófoles le llegó desde lejos, muy lejos—. Siéntelo en el piso.

Poco a poco, hubo colores, sonidos; el mundo entero volvió a conectarse.

En el pasillo, además de un par de soldados y el profesor Sófoles, estaban Aristófanes, Heráclito y Patroclo. Por alguna razón se quedó mirando al último. Luego recordó que había hablado sobre él hacía muy poco. ¿Con quién?

Giró la cabeza y descubrió que lo habían sentado muy cerca de Andrómaco. Los ojos del profesor se movían como locos, perdidos en la profundidad de aquellas cuencas. Lo miraba a él y luego a los demás, y otra vez a él. Perseo podía escuchar lo que decían esos ojos.

¡Él liberó a la solitaria! ¡Me marcó con las feromonas! ¡Mató al verdadero Perseo! ¡Fue él! ¡FUE ÉL!

Apartó sus ojos para silenciarlo. El mundo se inclinó otra vez...

Cuando volvió a abrirlos, el ángulo del pasillo era distinto. Heráclito y uno de los soldados ya no estaban.

Andrómaco había dejado de respirar.

—Ya se despertó —dijo una voz; quizá Aristófanes.

—Hijo, ¿estás bien? —Era Sófoles otra vez, maldito viejo.

—Sí... Creo que sí —dijo, aceptando el brazo tendido para incorporarse.

—Eran muy cercanos. —El viejo le explicaba a los demás—. Estuviste trabajando aquí anoche, ¿verdad, Perseo?

No porque buscara conocer a quienes debía superar. No. Galarza quería saber quién era el que iba a derrotarlos a todos. Oscar Rebollo González era su nombre. Y Perseo el que había elegido. Pablo Galarza lo eligió a él. Y no se había equivocado.

Rebollo González nunca llegó a entregar su trabajo; aún seguía en coma. Pero Perseo alcanzó su destino: Universitas. Y el tiempo había demostrado que tenía las cualidades necesarias para triunfar allí. Astucia. Ambición.

La única ruta que existía en Anatolia llevaba del campamento general (mezcla de campus universitario con campamento militar) hasta el sector del laboratorio. La distancia entre ambos mantenía alejada la contaminación ambiental (sonora, química, lumínica, calórica) del lugar de estudios. Cuando estaba a unos cien metros del perímetro exterior, Perseo cerró la cúpula del vehículo.

Saludó al guardia de la entrada y esperó a que desactivara la barrera eléctrica. La mirada del soldado, más atenta que de costumbre, estudiando el interior del vehículo un instante antes de darle paso, fue el primer indicio de anormalidad. La muchedumbre reunida frente a la puerta del laboratorio no dejaba lugar a dudas.

Perseo se preparó mentalmente para fingir sorpresa.

¿El profesor Andrómaco? ¿Muerto? ¿Una solitaria? ¡Qué ironía!

Le costaba dominar la sonrisa que afloraba a sus labios.

Muchos de los que estaban reunidos eran estudiantes, algunos de

su camada, otros más antiguos; idiotas que aún no habían aprobado su tesis. También había algunos soldados evitando que los primeros entraran. Un profesor atravesó la muchedumbre para salir, empujándose con los codos. Perseo reconoció a Sófocles, uno de los más antiguos, especialista en Climatología.

—¡Perseo! —lo llamó—. A ti te estaban buscando. —Se acercó corriendo y a último momento se frenó—. ¿Ya sabes lo que sucedió?

—Nnno... ¿Qué cosa, profesor?

—Es el profesor Andrómaco. Lo picó una solitaria. Está grave.

El profesor lo arrastró al interior con urgencia, mientras la última frase repiqueteaba en la mente de Perseo.

¡Cómo que está grave! ¡¿No murió?!

Por primera vez desde que se había levantado se le ocurrió lo peor: que lo descubrieran. Sólo porque el viejo era más resistente de lo esperado.

El miedo lo congeló y casi escapa del apretón de Sófocles. Quizá, si se perdía entre los demás...

Pero el viejo retrocedió y lo agarró del brazo otra vez, arrastrándolo hacia el interior. La puerta se cerró detrás, aislándolos del griterío de la gente. Perseo sintió que ya no tenía vuelta atrás.

Andrómaco estaba en el piso del pasillo de entrada.

Costaba reconocer al hijo de mil putas, tan deforme estaba. Perseo había visto el efecto de la solitaria en algunos cadáveres, pero otra cosa era verlo en alguien a quien había conocido *antes*. Era como si hubieran

consejo o, al menos, tu desprecio. Algo; lo que sea.

—Te dije que tú también lo sentirías.

Y aquello había resultado tan cierto.

—Sí, lo hiciste, pero... ¿no es absurdo? Incluso mi pervivencia asegura la tuya como recuerdo. Si en verdad hubieses querido morir, Syd, deberías haberme matado a mí también. En el fondo aún tenías esperanzas.

Syd cerró los ojos, cansado; como cuando, en vida, debía explicar una verdad obvia.

—Lo intenté.

El viejo recordó el tiro; la bala radiactiva que nunca llegó a su cerebro, tan sólo a su corazón.

Kheiron tomó la cabeza y la sacó de la pila. Mientras masculaba un perdón inaudible la devolvió, inerte, a su tumba y poco a poco relleno el hoyo.

Esa noche bebió todo el ouzo de la botella. Ni los muertos lo acompañaban ya.

Las constelaciones eran cada vez más extrañas, pensó; a medida que el tiempo pasaba las estrellas se corrían un poco en el cielo y los dibujos mudaban.

Hasta el cielo cambiaba; sólo él parecía no cambiar.

¿Acaso era el reaseguro del universo? ¿Su compensación kármica? ¿Su equilibrante? ¿El único quieto en un mar en movimiento?

—Eso no es cierto, yo también cambio.

Miró hacia arriba nuevamente... Tal vez el cosmos poseía un sentido

y estaba escribiendo con estrellas un mensaje muy importante y sólo alguien con mucha vida podía esperar lo suficiente a que ese mensaje se formara.

—Ya no eres un héroe viejo, ya no estás en batalla.

El silencio subrayó sus palabras y él se durmió.

Y soñó.

Soñó que era un hombre con cabeza de caballo, soñó que sentía con su mente y pensaba con su corazón.

—Pero, discúlpenme un minuto caballeros y, por supuesto, excelsa dama.

☪

En este punto el doctor Strasinsxipttr se interrumpió y, ante el asombro de toda la concurrencia, salió de la habitación.

Los murmullos surgieron en la biblioteca.

Lord Giacunthi se apresuró a ver si el buen doctor necesitaba algo, si se sentía indispuerto. Pero apenas estaba cruzando la estancia cuando Strasinsxipttr entró de nuevo seguido por Teo y Guido, los dos droides de servicio.

Los autómatas ingresaron al salón con un gesto de vergüenza y timidez en sus rostros de metametal, se sentaron en un sillón de *jacquard* gris acero con pequeños relieves bordados de ves coronadas por puntitos.

Strasinsxipttr se acercó a ellos y los señaló.

—Para componer esta historia me inspiré en ellos, señora, señores; por eso creo conveniente que estén aquí mis musas. Juzgo que no le resultará enojoso a nuestro lord anfitrión.

Giacunthi respondió alborozado: —¡Por supuesto que no, amigo! Esto me resulta de lo más curioso.

Cuando todos convinieron en lo mismo, el doctor prosiguió con su relato.

Los droides no se atrevían a mirar hacia los costados, sino que mantenían la vista en suelo, en las incontables volutas de la alfombra; pero con sus sensores captaban todo cuanto hacían los invitados y, curiosos, rastreaban todas sus reacciones y emociones ante la historia.

Algo de los primitivos cerebros de animales trasplantados a sus cuerpos de robot mantenía la curiosidad típica de un pulpo y un caballo.

☪☪☪

Pero Kheiron despertó. En realidad, algo lo había hecho despertar.

A su derecha, en un uniforme azul oscuro, un hombre con insignias lo miraba con admiración y repugnancia al mismo tiempo.

—¿General Kheiron? ¿Doctor Kheiron? —espetó el militar.

El viejo se puso de pie con lentitud. Mientras lo hacía examinó detalladamente la tela del uniforme de su interlocutor, su pulcritud. El viento despeinaba sus cabellos, así que no era una holoimagen, sino que estaba en persona.

El mismo minucioso examen le reveló su propia mugre, lo roto y sucio de sus ropas.

Se cuadró frente al hombre que entrecerraba los ojos a causa del polvo en el viento.

¡Así que no sólo venía en persona sino que era un hombre biológico!

—Sí, soy Kheiron.

El hombre le devolvió el saludo.

—Señor, el alto mando de la Tierra le requiere y espera que tenga a bien acompañarnos para una reunión en persona.

El viejo soltó una carcajada.

—¿Mi viejo enemigo solicita mi presencia?

—Señor, se me ha dicho que cite estas palabras: “No hay nada mejor que ganarse el respeto de los amigos, pero aún eso no supera el tener el respeto de los enemigos. Su comportamiento en combate fue honorable y humano”.

El viejo suspiró. ¿Para esto había sobrevivido? ¿Éste era el sentido que el universo encontraba para él?

El hombre volvió a insistir.

—¿Su respuesta, señor?

Kheiron sonrió.

—Conoces poco de historia antigua, muchacho, ¿no? ¿No sabes acaso quién dijo esas palabras?

El hombre se sintió algo confuso; su canosa cabellera revelaba una edad madura ya, pero ciertamente era un niño comparado con el viejo. Aun así, sintió su orgullo herido.

—Supongo que Erespriteo a las puertas de la Conquitidia, en la batalla de Telemón, justo antes que las bombas atómicas derribaran el sitio de los Oanhiki.

¡El perseverante Perseo! ¡Claro que sí!

Seguro que era otra de las retorcidas burlas de Andrómaco. Pero ya le había demostrado qué tan perseverante podía ser.

Reprimió a duras penas la carrera hasta su vehículo iónico. Una vez fuera del perímetro de seguridad, sí liberó las riendas y aceleró hasta el límite de revoluciones del motor.

Apenas tardó veinte minutos en llegar a su sector del campus. Y, a pesar de lo que había supuesto, se durmió casi enseguida.

Las cámaras del campus registran la entrada apresurada del estudiante Perseo a las 2558:04:22:07:48:23. En las grabaciones que se ocupan de este tramo de la investigación no se detecta más actividad hasta que el residente sale de su dormitorio ese mismo día por la tarde.

Salió del sueño de a poco, sin darse cuenta. La alegría de lo sucedido volvió, ahora sin la excitación de lo reciente, con madurez.

Se vistió.

Mientras comía algo, intentó discernir la sensación de extrañeza que lo embargaba todo. Como si fuera la primera vez que transitaba esa rutina. Como si todo tuviera un color nuevo. Quizá fuera por haber dormido de día y levantarse por la tarde. Pero no era la primera vez que lo hacía, luego de haber trabajado de noche. Lo verdaderamente raro era justamente eso, que nada había cambiado en el mundo. Parecía funcionar exac-

tamente igual que siempre, ajeno a su descubrimiento.

A su ejecución.

Manejó rumbo al laboratorio con la cúpula abierta. Era una imprudencia. Desde que habían descubierto la razón de las muertes, hacer eso era tentar al azar. Pero ese día Perseo se sentía con suerte. Como cuando había logrado el acceso a Universitas.

Los cupos para el *planeta universidad* eran muy limitados. No por falta de espacio (un planeta deshabitado suele ser generoso en ese aspecto), sino porque la sede siempre estaba fuera de las rutas comerciales, y por eso los suministros, los viajes, hasta el equipamiento destinado a las instalaciones, todo se hacía mucho más caro. En especial cuando un nuevo planeta era descubierto y la universidad entera se trasladaba.

Pablo Galarza (su nombre al llegar) tenía un buen currículum. Pero no muy distinto de otros miles de aspirantes. La diferencia, decía Perseo, había sido su decisión. Su constancia. Su ambición.

El examen de ingreso era mucho más que un test. Era un trabajo, en el cual cada aspirante explicaba la razón de querer estar en Universitas. Definía un plan de trabajo para los siguientes cinco años. Y (según algunos, como Andrómaco, lo más importante) elegía para sí un nombre de antigua tradición griega, argumentando el porqué.

Galarza había hecho bien su trabajo, claro que sí. Había estudiado el currículum de todos los aspirantes.

rezando para que el otro no percibiera el temblor en su mano.

Se acercó a Andrómaco y garabateó un nombre en el frasco que el profesor aún sostenía. Al terminar, con un movimiento torpe le escribió en el dorso de la mano.

—Pero...

—¡Oh, mil disculpas, profesor! ¡Yo lo limpio, profesor!

Tomó una gasa que había sobre el escritorio, aparentemente impregnada en alcohol, y restregó la mano de Andrómaco. La marca parecía resistirse pero finalmente se desvaneció.

—Listo —dijo Perseo.

Tiró la gasa en el incinerador y con una excitación creciente contempló cómo desaparecía en una llamarada. Ya estaba hecho.

—Si no me necesita para otra cosa, me voy a descansar, profesor.

—Claro, claro —dijo Andrómaco, que aún se restregaba la mano.

Simulando una calma que no tenía, como el borracho que simula sobriedad, Perseo metió el frasco en el crionizador, tomó su abrigo y se dirigió a la puerta, concentrándose de manera mecánica en poner un pie delante del otro, la mano sobre el escáner de la puerta.

—Siempre confíe en usted, Perseo. —La voz lo sobresaltó cuando estaba a punto de abrirla.

Se dio vuelta, el corazón detenido como su mano dentro de su abrigo.

—Sé que eligió su nombre por la leyenda del Minotauro, porque esperaba encontrar su propia respuesta al final del laberinto. Pero para

mí, usted siempre fue Perseo por perseverante.

Perseo se quedó sin saber qué decir. Tenía que irse. Tenía que abrir esa puerta para que todo terminara, y las chocheras de un viejo sin sentido se lo impedían.

¡Por qué no olvido la cortesía y abro la puerta de una vez!

Andrómaco ni siquiera lo miraba. Iba a hacerlo. Su mano temblaba de impaciencia dentro del bolsillo del abrigo...

Entonces el profesor levantó la vista con una sonrisa vaga:

—No me haga caso, estudiante. Vaya a descansar.

—Gracias, profesor. —Esta vez las palabras se le atoraron en la garganta.

Luego fue todo simultáneo: abrió la puerta y el aleteo dentro del cuarto casi lo sobresaltó.

La cara de Andrómaco se puso gris.

—¡Una solitaria! —exclamó Perseo—. Debe haber entrado desde el exterior.

—Deberíamos capturarla —dijo el profesor, siguiendo con la mirada el vuelo del insecto, cercano a los vidrios del pasillo.

—Ya lo harán los internos, profesor. De todas maneras, no hay ningún peligro. La probabilidad de que esta solitaria sea de su biotipo es de una en miles, o en un millón; quién sabe —dijo Perseo—. Pero, claro, si le parece imprescindible...

Andrómaco no contestó. Le hizo un gesto como restándole importancia y Perseo aprovechó para escabullirse.

El viejo asintió pensativo. ¡Cuántos años! ¡Cuánta historia!

—Así es, Eresprítreo lo dijo, hace ya muchos cientos de años atrás; pero él ya estaba citando a otro.

El militar lo miró confundido. Kheiron prosiguió: —Esas palabras las dije yo, ante el jefe de mis enemigos, a quince kilómetros de aquí, en la Ciudad Olvidada.

El hombre empalideció y, por un instante, comprendió la verdad: ¡el viejo era ese Kheiron!

Se sintió mareado.

—Lo que estás vislumbrando, muchacho, es el peso del universo: si tanto he vivido que te parece abismal, piensa que es un sólo un parpadeo en la existencia del cosmos. Pues bien, si iré contigo. A ver en qué puede servir una vieja máquina a sus antiguos amos.

—Servir no, señor, ayudar. Usted abolió la esclavitud de los droides, usted nos enseñó una lección eterna. Usted no debe servirnos señor, sino ser servido.

—¿Y en qué lucha suponen que puedo ayudar?

—Umm, perdón nuevamente, debo realizar una última interrupción.

☪☪

Strasinsxipttr volvió a azorar a todos cuando suspendió su relato por tercera vez. ¿Qué otra extravagancia tenía reservada para la velada?

Francamente la cosa se ponía muy interesante.

El doctor giró en redondo y enfrentó a los droides.

—Guido, Teo, ¿cómo termina esta historia?

La extrañeza general alcanzó su pináculo.

Los droides se removieron en su sillón, un tanto incómodos.

Guido miró a su compañero como instándolo a hablar, ya que era el más parlanchín del grupo de servicio.

Teo se puso de pie y carraspeó innecesariamente, miró al maestro Genorowskyyyyy y tomó aliento (después de todo, había algo de familiar en la tentacular figura para su cerebro de pulpo).

En cuanto empezó a hablar, sus ademanes se hicieron suaves y la cadencia de sus movimientos parecían describir una danza mínima. Los invitados quedaron fascinados por tal derroche de delicadeza y emoción.

☪☪

El antiguo centauro quedó sorprendido por la respuesta. Su cerebro de caballo relinchó en su cuerpo de robot. Las tensiones de su ser lo ponían a prueba: hacia arriba, hacia el alma animal, y hacia abajo, hacia el cuerpo de metal.

Quirón se quedó contemplando a su interlocutor con los ojos más allá del planeta y de la historia.

¿La raza humana se extinguirá?

Una mano terrible atezcó su corazón. La ley de las compensaciones cósmicas, una suerte de Yin y Yang, exigía con claridad en su mente que, si el viejo enemigo moría, entonces él debía morir también.

Una extraña sensación de equilibrio lo invadió.

Con un paso hacia atrás se excusó ante el asombrado oficial.

—Bien, les daré otra oportunidad, pero lo haré desde aquí, desde mi mundo. No iré con vosotros pero, en cierto sentido, haré que vosotros me acompañéis.

El oficial se fue confundido y apenado. Quirón, el sabio, era su última esperanza. Subió a su nave y se marchó.

Pero el antiguo tenía un secreto profundo y valioso.

Con sus uñas abrió cada una de las tumbas y rescató a sus racios compañeros. Uno a uno los despertó y les brindó esperanzas.

El sentido de su existencia estaba claro para él: salvaría a su enemigo en su muerte y con él se salvaría a sí mismo de la inmortalidad.

Entre todos recrearon la historia humana, las artes, las ciencias, las religiones dormidas en sus archivos y en sus experiencias, y las atesoraron en organelas diminutas capaces de vivir en cerebros de carne y en cuerpos de metal viviente.

Cuando toda la información fue codificada, reactivó la máquina de la vieja choza, cuya bandera aún flameaba como estandarte de los híbridos que un día, con su liderazgo, ganaran para sí dignidad, libertad y patria.

Y los cerebros de animales clonados volvieron a pensar por primera vez, y los cuerpos volvieron a ensamblarse, y Quirón enseñó toda la historia humana, la religión, la ciencia y el arte a cada uno de ellos.

Y así formó a Aquilas, el héroe que llevó la cultura humana a las nebulosas de Tarsis. Y educó a Ictos, quien luchó por las causas nobles entre los

seudoapóstatas de los sistemas solares exteriores de la Gran Nube de Magallanes. Y bajo su consejo creció el brillante Leos, quien enseñó a generaciones de científicos en Yastos, haciendo que los yastianos transmitiesen a su vez esos nobles saberes a incontables planetas. Y, por supuesto, instruyó a Octopla y Pegastios, quienes llevaron todo el saber de la poesía y la literatura, de la música y la pintura, hasta los confines del brazo espiral exterior de la Vía Láctea.

Nueve héroes formaron Quirón y los no-muertos, nueve musas de la humanidad, y a ellos les dio esta orden: “No deberéis obtener ganancia alguna de vuestro trabajo; permaneced invisibles”. Les dijo que esparcieran la semilla del espíritu humano. Que no serían maestros, sólo parteros; que debían esperar pacientemente a que los pueblos los reconociesen. Y agregó: “Porque ellos fueron nuestros enemigos, pero enemigos dignos de admirar, ya que en su postrer momento reconocieron su error y pidieron perdón cuando aún había tiempo”.

Así, el mundo humano conquistó la galaxia y sus adyacencias, pero sin los humanos. Sus enemigos honraron su memoria. Los pueblos que los recibieron idealizaron su espíritu y conservaron lo mejor. Como guardianes, los hijos de Quirón aún están entre nosotros, atentos.

☪

Poco a poco los invitados empezaron a comprender lo que el doctor Strainsixpttr había intuido hacía tiempo

¡No lo dejaría robarse ese momento!

¡Era su victoria, no la de él!

¡No había triunfado gracias a él, sino a pesar de sus maquinaciones!

En medio de esa descarga emocional, mientras pensaba cómo resolver el acertijo, un aleteo casual llamó su atención y su vista se posó en el otro recipiente.

El estudiante Perseo permanece en su cubículo de trabajo toda la noche hasta las 2558:04:22:07:03:11. El repaso exhaustivo de este módulo de la grabación revela la mayor parte de las irregularidades cometidas por el residente. La Comisión concuerda de manera unánime en que su detección temprana habría impedido la sucesión de muertes.

A las siete HUA en punto apareció el profesor Andrómaco.

—Buen día, estudiante Perseo. ¿Pudo terminar ese preparado?

Una sonrisa —falsa, claro— le pintaba la cara. Era obvio que lo preguntaba esperando que Perseo hubiera fracasado.

Pero la excitación lo embargaba; una sensación de victoria irreductible, de que nada de lo que el profesor hiciera o dijese podría hacerle mella. Lo había superado. Era más grande que él.

—Sí, profesor. Terminé el preparado. —Se volvió hacia él con el frasco en la mano y una sonrisa amable en los labios—. Y debo decirle que tenía usted razón. El preparado anterior estaba mal.

Andrómaco observó el frasco, luego a Perseo, otra vez el frasco y a Perseo una vez más. La sonrisa en su rostro se hizo aún más ancha, desbordante.

Hijo de mil putas... Está esperando que le agradezca...

—¡Felicitaciones, estudiante! Sólo le resta efectuar el emparejamiento y sabremos si su tesis es correcta. ¡Y apuesto lo que sea que así es!

Apuesto que sí.

—Claro, profesor, pero ahora me gustaría descansar...

—¿Descansar? ¿Tan cerca?

Perseo agitó la cabeza, exagerando el cansancio en su rostro, y se quitó el guardapolvo.

—Sí, estoy agotado y temo cometer algún error... Lo mejor es retomar el trabajo por la tarde...

Se produjo un silencio tenso. Era ilógico que Perseo suspendiera el trabajo tan cerca de terminarlo. Tenía que entregar su tesis esa misma noche. Pero a nadie perjudicaba más que a él mismo. Contaba con ese argumento para convencerlo.

Imaginó que el profesor iba a insistir, que lo obligaría a quedarse hasta terminar, que tendría que discutir para poder irse. Era la parte más endeble de su plan, y estaba dispuesto a irse a los puños, si era necesario.

Pero Andrómaco simplemente resopló, dándose por vencido.

—Está bien. Si está muy cansado, siga en la tarde.

—Gracias, profesor. Pero, antes de irme, marco bien la muestra. —Perseo tomó un rotulador del escritorio,

cara de satisfacción mal disimulada en el rostro del hijo de mil putas del profesor para saber cuánto disfrutaba la situación.

La forma en que la puteada co-braba vida entre aquellos dientes, el siseo excesivo quizá, algo le ge-neraba repulsión a Perseo. ¿La ese de “putas” no estaba de más? Casi tanto como ese “sí, sí” repetido hasta el hartazgo.

Y no le caía en gracia ser sólo uno más en una lista de idiotas. De-jaba de ser un drama personal para convertirse en algo patético.

—Bueno, bueno —le dijo, como quien ahuyenta a una mosca—. Yo tengo que terminar mi trabajo. *Mi* trabajo, no el del profesor Andró-maco ni nadie más, ¿me oye? Y para eso necesito tranquilidad. Váya-se, por favor. Mañana termina esta parte.

—Claro, claro. Siga trabajando, sí, sí. —El viejo cargó sus enseres y salió por la puerta. Antes de cerrar, agregó: —Es lo que el profesor quie-re...

Y se fue.

Le costó concentrarse. Su mente se apartaba una y otra vez del preparado y se enroscaba en la conversación que había tenido con Andrómaco. Repasaba cada frase, el manotazo con el que el profesor se adueñaba del frasco del preparado. Se repro-chaba no haber intentado quitárselo. Y terminaba, invariablemente, sope-sando los dichos del viejo de la lim-pieza. Que aquello era parte de su rutina sádica. Que Patroclo lo había sufrido en carne propia. Y que quizá

tuviera razones para compartir con Perseo el odio hacia el profesor.

El Hijo de Mil Putas...

El siseo resonaba en sus oídos, desagradable. Perseo sacudía la ca-beza y se concentraba una vez más en su tarea.

Imaginar a Patroclo como un po-sible aliado era más que deseable. Quizá incluso, como había dicho el de limpieza, había muchos como él y Patroclo, pero ninguno quería po-nerse en evidencia, enfrentar el pro-blema. Era algo que demandaba va-lentía. Y él la tenía; sí, señor.

Terminó cerca de las cinco de la mañana HUA [hora única de Anatolia]. Y, aunque estaba seguro de haber seguido exactamente el mismo proce-dimiento, el preparado final no era igual. Había una leve pero importante dife-rencia en los valores residuales.

Casi sin desearlo se encontró pensando que quizá ahora sí podría confrontar la secuencia lógica de las cadenas con la feromonas. Encontra-ría la respuesta a la solitaria. Termi-naría la tesis. Incluso antes de que llegara el profesor.

Imaginó la cara de Andrómaco cuando le preguntara cómo había llegado a la solución. Cuando tuviera que decirle que el primer preparado estaba mal, que había tenido razón. No podría soportar esa humillación. El maldito (*¡el Hijo de Mil Putas!*) in-tentaría adjudicarse el logro.

Dejó en la mesa el recipiente que apretaba en la mano, tal su miedo de hacerlo estallar. La mano libre se cerró al fin en un puño que golpeó sobre la mesa.

¡No!

ya: que el maestro era el alumno y el servidor, el amo.

Lord Giacunthi fue el primero en ponerse en pie y acercarse a los droi-des, que ahora parecían brillar con una gloriosa tonalidad dorada bajo las luces de neón.

El maestro Genorowskyyyy tendió su mano a *lady* Armenstgoff y la ayudó a ponerse en pie.

Robinwiquipitty se acercó al barón Dineppireo y junto con *sir* Ap-poiagarramundizabal calmaron a un aún confundido coronel Levonai-ressss, que clamaba no comprender nada.

Entonces, uno a uno, fueron po-niendo rodilla en tierra frente a los dos tímidos droides.

Aquella fue la célebre noche en que quedó conformado para siempre el “Grupo de los Romaánticos”, con sus dos maestros y sus ocho discípulos; un ex club literario que seguía los ar-bitrios de la moda y que, a partir de entonces, fue conocido en la historia como el grupo de “Los Diez Mentores de Steppendhaffordshire IV”.

Muchos errores y muchas glorias les debemos a estas mentes. Guerras y poesía fueron generadas en nues-tros sistemas solares a causa de ellos y su semilla de humanidad.

Pero de algo estamos seguros: no hubiésemos sido lo que hoy somos sin su existencia, y eso ya es mucho decir.

© TERESA P. MIRA DE ECHEVERRÍA, 2012.

TERESA PILAR MIRA DE ECHEVERRÍA
(Argentina —Pilar, Buenos Aires, 1971—)

Doctora en Filosofía y apasionada por la ciencia ficción, en **NM** publicó el artículo “La trama del Vacío (o una única visión triple según Spinrad, Delaney y Malz-berg)” (# 13), que obtuvo el 2º accésit de la categoría “Ensayo” en el III Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas (2010), y los cuentos “Fuerza laboral” (# 8), “La canción de combate” (# 10) y —en coautoría con GUILLERMO ECHEVE-RRÍA— “Cortina de humo” (# 14).



Lea Aparece quincenalmente!

AVENTURAMA

La nueva revista de Ediciones Argeos donde reinan la aventura y la fantasía

<http://revistaaventurama.blogspot.com>

Dirigida por el legendario Julio De Luca

Premio Consagración 2009 Mejor Revista de Ficción

ARGEOS EDICIONES

LAMENTO

CÉSAR R. LUCIO PALACIO

*“...Pues se dice que en los tiempos antiguos
las hojas destinadas a ser usadas por los Altos Nobles
eran templadas en los hielos perennes de las montañas.
Pero Lamento, después de su forja, fue enfriada
con la sangre de inocentes durante incontables días...”*

Mucho era lo que se decía de la antigua espada de acero rojo, aunque jamás podría alguien conocer la totalidad de la maraña de historias que hicieron que naciese esa hoja maldita. Su sola visión había hecho temblar a muchos valientes: la larga hoja lisa siempre emitía destellos rojizos, aun en la ausencia de luz, y el puño estaba labrado con runas que hablaban de un hado nefasto. Pero, sobre todo, quienes veían la magnífica arma se daban cuenta de que tenía una memoria escrita en sangre. Y, en efecto, ella —y sólo ella— recordaba el gorgoteo de la primera garganta que sesgó, de la misma forma que recordaba la última lágrima del Herrero.

Aunque muchos creían ahora que el Herrero no era más que una historia para hacer interesantes las noches al calor del hogar, ella recordaba con claridad las fuertes manos labrando su pomo, unas manos reales, a las que

alguna vez también vio acariciando los rojos bucles del cabello de una dama. Lo único que permanecía oculto por la bruma borrosa de la incertidumbre era el instante mismo en que su creador, con el último hálito de sus hijos, le dio vida.

Era difícil enunciar todo lo que yacía olvidado para los hombres, pero ella continuaba ahí precisamente para hacerles ver el legado del Herrero: la guerra, la ira, la aflicción y, sobre todo, la desesperanza. Siempre que fuese necesario se encargaría de hacer correr la sangre por sus bordes afilados para regar la tierra yerma.

A través del tiempo, otras hojas afiladas, forjadas en días decrepitos, habían cumplido su papel en el trazado de la historia. Lamento misma se había cruzado en los campos de batalla con muchas, a veces venciendo, a veces siendo sometida. Pero en este momento,

nadie más que él en el edificio. Sin contar, claro, al personal sanitario. Después de los primeros meses, Perseo había desarrollado una ceguera sensorial hacia ellos, que generalmente era mutua.

Por eso se sobresaltó al escuchar la voz detrás de su espalda.

—No es la primera vez que lo hace, no, no. —Era una voz cascada, vieja, aunque no tan arrugada como su dueño.

—¿Qué quiere, viejo? —dijo Perseo, contabilizando la interrupción como algo que sumar a su mal humor.

—El profesor es un hijo de mil putas, ¿no es así? —dijo el viejo.

Y ahí sí logró llamar su atención. ¿Cómo podía saber que su estado de ánimo tenía que ver con él? Los de limpieza no entraban hasta las diez, mucho después de su discusión con Andrómaco.

—Lo escuché refunfuñando hace un momento —explicó el viejo con una sonrisa de dentadura demasiado perfecta para ser suya—. “Andrómaco, hijo de puta, ya me las pagarás” y cosas como ésa.

Fin del misterio.

Se volvió, dispuesto a ignorar al viejo y retomar el trabajo, molesto como si lo hubieran sorprendido hablando en sueños.

—Sí, sí, claro, siga trabajando —dijo el viejo, y Perseo casi podía sentir como escapaban las palabras a través de los dientes de su sonrisa falsa—. Es lo que al profesor le gusta. Tenerlos trabajando toda la noche. Es su manera de ejercer poder. De sentir que tiene poder, sí, sí.

La risa cascada chirriaba.

—¿Qué quiere decir con eso? —Perseo gritó para interrumpir aquel sonido—. ¿A qué otro estudiante le hizo esto?

—A muchos, a muchos. —El viejo no reaccionó a su violencia—. Patroclo es uno de ellos, sí, sí.

Patroclo era el jefe de cátedra de Exobotánica. Almorzaba todos los días en la misma mesa que Andrómaco. Era ridículo suponerlo subyugado o enemistado con el profesor.

—Ridículo. —Lo dijo en voz alta y se volvió—. Termine de una vez y déjeme solo.

—Hoy puede parecer ridículo, pero le aseguro que Patroclo no opinaba igual después de pasar todo el invierno de Güiraba sin poder salir, no, no.

Güiraba había sido el planeta residencia de Universitas, veinte años atrás. La universidad siempre se mudaba a planetas recién descubiertos, vastos campos de estudio vírgenes, con las incomodidades que esto implicaba. Pero Güiraba, recordaba Perseo, se había hecho particularmente famoso por la crudeza de su clima, por sus temperaturas extremas. Y el invierno era la época en la que se fijaban los permisos de salida. Lo más parecido a unas vacaciones que tenían los residentes.

—Andrómaco lo encerró en el laboratorio y Patroclo se perdió el último vuelo a su planeta natal, sí, sí. —El viejo volvió a mostrar su sonrisa falsa—. Después de eso, no le quedó más que trabajar hasta el final del invierno. Sólo había que ver la

Su tesis. Y lo que más lo enervaba era pensar que, si no lograba probarlo a tiempo, Andrómaco aprovecharía los avances de su trabajo y se llevaría la gloria. Estaba seguro de que por eso intentaba desanimarlo a cada segundo.

La alarma lumínica parpadeó. Se incorporó.

Una solitaria se estaba acercando, siguiendo el rastro feromónico. En cuanto se acercó lo suficiente, se inició una potente succión y se cerraron las paredes internas de la trampilla. La luz dejó de parpadear; quedó encendida por completo. La solitaria estaba dentro.

Liberó la trampilla y extrajo el recipiente transparente. Casi lo dejó caer de la sorpresa. Por un momento pensó que era un truco óptico, una ilusión ocasionada por la curvatura del fondo de vidrio. Pero luego de girarlo un par de veces entre las manos no tuvo dudas: allí adentro no había una, sino dos solitarias.

No era imposible. Pero las probabilidades de que algo así ocurriera eran más bien remotas. No sólo tenía que haber dos solitarias del mismo biotipo en las cercanías de esta trampilla en particular, sino que las dos debían caer en el radio de succión exactamente al mismo tiempo. Mucha casualidad.

Y para lo que servía...

Insertó el recipiente en la trampilla, pensando en liberar una, pero se detuvo. Quizá sí tuviera utilidad. Si el primer preparado no resultaba, le ahorraría la humillación de tener que esperar un turno para extraer otra.

Así que sacó el recipiente y volvió al laboratorio con dos solitarias y mejor humor que antes.

El fotograma 2558:04:21:20:08:17 de la grabación de la cámara del silo muestra claramente el recipiente extraído por el estudiante Perseo, que alojaban dos solium anatolia en su interior. Esta primera violación de protocolo, que originó el resto, es considerada accidental por la Comisión Investigadora. [Sin embargo, el sistema de extracción de especímenes ya está siendo sometido a revisión].

El buen humor no le duró mucho. El preparado llevaba más tiempo del que recordaba (por eso había guardado uno) y odiaba tener que empezar de cero algo que ya estaba hecho. Aunque las notas lo guiaban, había procedimientos que no recordaba con exactitud, en parte porque hacía mucho que no los repetía.

Y lo peor era que cada paso cumplido lo sentía parte de la humillación a la que lo sometía Andrómaco. Las ganas de dejar todo, de abandonar el laboratorio eran muchas. Pero eso era lo que el profesor buscaba...

Luego de dos horas arrojó el preparado al incinerador y comenzó de nuevo. Por suerte no necesitaba todo el cuerpo de la solitaria para extraer otra muestra. La segunda aún se agitaba, inquieta, dentro del recipiente.

Un juego de palabras ridículo se formó en su mente: él, solitario, trabajando con la solitaria. Pero no le causaba ninguna gracia. No había

ella era la única; ella era quien enfilaba a las tropas, la que hacía sentir su peso en la mano, la que dictaba quiénes morirían de inmediato y quiénes vivirían una vida plagada de desdichas. En estos tiempos, ocupaba su lugar junto a las huestes del Sol Invicto, que por generaciones habían domeñado las tierras y el destino de lo que antaño fuera un orgulloso imperio, y que ahora estaban en busca de erradicar a sus enemigos.

Lamento presentía que su objetivo se acercaba. No sólo un objetivo inmediato, de los que abundan en una guerra o en una aldehuela de frontera. El pomoricamente trabajado que coronaba su testa vibraba con cada paso que daban las hordas de guerreros hacia la última fortaleza que se interponía entre ellos y el dominio absoluto. Algo la esperaba en ese sitio fortificado; acaso el objeto por el que el Herrero le dio origen y selló su destino, cual creador de los Múltiples Mundos.

Conforme los días se tornaban en instantes, Lamento se acercaba en su memoria al momento de su origen, al mismo tiempo que con certeza vislumbraba el hilo negro del destino. Recordó, como sólo recuerdan los que han perdido algo querido. Un abdomen eviscerado, palpitante, fue el único testigo de la caída del Herrero. ¿Cómo alguien de noble corazón pudo haber sufrido así? En la esencia de Lamento fue tomando forma el sentimiento de su hacedor, ese mismo que la había despertado a la consciencia. Iba acompañado de la sensación de pérdida, pues los cuerpos destrozados que estuvieron en su primera visión no eran otros que los de los de sus bienamados. Una mujer

de cabello encendido. Cuerpos mutilados de niños, tan desechos que era imposible saber cuántos eran. Gargantas frescas, aún robando sorbos de aire. El Herrero no dejaba que se alejaran; no quería que se esparcieran en la materia de las Múltiples Creaciones. Ellos eran lo único que le restaba, lo único que había podido rescatar del pacto de muerte al que había sido forzado. Pero el pacto demandaba que la sangre de esos últimos también debía derramarse y secarse, que sus esencias debían quedar perdidas. Entonces, el Herrero hizo el sacrificio; con la misma hoja que había forjado para defender a quienes amaba, les quitó la vida. Serían olvidados, quizá, por los hombres, pero la Tierra y sus seres los recordarán, y no habrían muerto del todo. Y con ese mismo sacrificio, con las primeras gargantas pueriles a las que mordió su filo, con la última lágrima que el artífice derramó por alguien, fue que Lamento despertó por completo. Quedó claro todo entonces. El Herrero, a quien un malhadado pacto le había robado la esperanza, dio parte de su alma a Lamento, para que ella pudiera sembrar el pesar en el mundo de los hombres.

La orgullosa ciudad de murallas de platino había sucumbido. Los embates de los atacantes fueron terribles, tal como el rencor es terrible y puede terminar con una vida en instantes. Los pasos del Conquistador lo conducían al alto zigurat, el único sitio que aún desafiaba, orgulloso, sus anhelos de poder. En cuanto subiera por las escalinatas de marfil hasta llegar a la cima, la conquista estaría terminada. Después, desde la punta de la ajeja

construcción, mostraría a Lamento y su nefasta presencia a todos sus dominios. Había terminado con el anate-ma de cualquier guerrero: “Siempre hay un enemigo, alguien más fuerte a quien vencer”. No quedaba nadie. No había tomado cautivos. Él mismo había asesinado a sus generales y a sus mejores guerreros. La fuerza sola de Lamento bastaría para quebrar la voluntad de cualquier oponente.

Mientras el Conquistador saboreaba su saliva de hiel y contaba con orgullo las muertes que había dispensado, Lamento tomaba parte en los planes del Herrero. Unos escalones más y todo estaría consumado. Los pasos que a continuación dio el Conquistador fueron los más gloriosos en aquella época aciaga. Levantando a Lamento sobre su cabeza, gritó hacia el septentrión, hacia las tierras australes de donde venía, hacia el cielo, hacia la historia pasada, hacia las memorias venideras. Aulló a los vientos, gritó a los océanos, lloró de rabia y victoria, desafió, y nadie contestó su querella. Pero en la espada un anhelo profundo salió de su sopor. La venganza con la que fue concebida desapareció. El rojo metal mudó su color, arrepentido de la sangre que había hecho correr. Quedaron sólo las cosas que estaban antes, cuando no era llamada Lamento, cuando el Herrero todavía reía, lloraba y amaba. Y, entonces, el peso de las

vidas arrancadas cayó sobre ella, dobló su hoja y su empuñadura. Era la acometida de incontables existencias, de espíritus intranquillos, de historias tejidas en sangre; la suma de todas las pérdidas en un solo y único parpadeo. Toda la eternidad se volcó sobre ella, fundió el metal y lo golpeó, haciéndola añicos; la evaporó y la rasgó.

Así de profundo fue el dolor del Herrero cuando perdió lo que amaba. Así de terrible fue la ira que tronó sobre Lamento y quien la empuñaba. Más breve que un suspiro, la gloria del Conquistador fue destruida con la furia que se desató sobre el arma que blandía. Simplemente, su figura fue borrada de la existencia, en ese y todo los mundos. Se trocó así la aflicción de incontables años, los lamentos de innumerables mártires en un solo instante de culpa, en un destello destructivo de reivindicación. El enorme zigurat de cristales y marfil cayó sobre sí mismo, devorando en una miríada de destellos al Conquistador y a Lamento, la hoja maldita. Gemidos de la misma tierra se escucharon hasta los confines errantes de todas las creaciones...

Entonces, con una sonrisa, el Herrero supo que podía amar de nuevo, allí en donde se encontraba, y tuvo esperanza.

© CÉSAR R. LUCIO PALACIO, 2012.

CÉSAR RAZIEL LUCIO PALACIO
(México —Aguascalientes, 1981—)

Biólogo, lector empedernido y escritor polifacético, en **NM** publicó “Los cuervos también despiertan al amanecer” (# 19), “El pienso” (# 21) y “Eternidad” (# 23).

—Chocolate por la noticia —dijo.

El acceso a la trampa se abrió. Perseo insertó la ampolla con el concentrado de feromonas de dispersión que utilizaba habitualmente. Armó la trampa, se besó los dedos y accionó el liberador. Una nube invisible se derramó en el interior de la pecera.

Se sentó a esperar.

La solitaria. Para aquellos que nunca han salido de la vieja Tierra, lo más cercano es imaginar una especie de avispa, la más grande y estilizada que hayan visto. Con tres pares de alas opuestas. Y un aguijón no muy largo pero de dureza increíble, capaz de atravesar el caparazón de un *tahut*. Para quienes han recorrido el universo y han visto seres mucho más difíciles de imaginar, probablemente no se trate más que de otro bicho.

Quizá ése había sido el problema.

Cuando se detectó atmósfera respirable y los primeros equipos científicos llegaron a Anatolia, la solitaria no fue uno de los animales destinados a llamar la atención. Se la holografió, etiquetó y olvidó rápidamente. Los científicos la miraban casi con desdén después de descubrir que ni siquiera interactuaba con el ser humano para picarlo (*¡por que la posibilidad de que los picara era de una en un millón!*). Era uno de esos especímenes de los que se encarga la tercera o cuarta generación de exobiólogos, cuando la excitación inicial por un mundo nuevo desaparece y ya no quedan animales grandes a los que hincar el diente. Animales como el *gamar* saltarán. O el *legoro* palmeado. O

el gigantesco *tahut*. Todos mucho más interesantes que un insecto.

Pero la solitaria atrajo la atención por sí sola.

No enseguida, no. Cuando empezaron las muertes, nadie las relacionó con ese extraño insecto. Los cadáveres de científicos, cuerpos hinchados y tumefactos hasta la muerte, pedían una explicación mucho mayor. Todos estaban desconcertados. Pidieron ayuda a la comunidad científica intergaláctica. La llegada de los decanos de Universitas se adelantó.

Andrómaco había sido parte del equipo que había descubierto que la solitaria (su picadura) era la causa de esas muertes. Que, aunque no era algo común, la solitaria *sí picaba* a los seres humanos.

La tarea a la que se abocó la universidad itinerante, bajo la dirección de Andrómaco, fue la de descubrir por qué unas pocas veces picaban y la mayoría no. Y por qué las que picaban a un hombre no lo hacían con otro.

Las feromonas explicaban eso. Por alguna extraña razón, a millones de kilómetros de su planeta de origen, las feromonas de cada humano actuaban como un perfume genético para las solitarias. Y, existiendo cientos de variantes feromónicas (quizá miles, una lista nunca cerrada del todo), la posibilidad de cruzarse con la solitaria correcta (o incorrecta, en todo caso) era ínfima.

Descubrir de qué manera se entrecruzaban las hormonas humanas con el ADN de un insecto anatólico era lo que Perseo intentaba hacer.

de -270° a temperatura ambiente en segundos, y su estructura aún era inestable. El profesor sabía lo que hacía.

El profesor Andrómaco. El venerable Andrómaco. Uno de los decanos de Universitas. Hacía tres años que Perseo estudiaba con él, aunque ya era científico antes de conocerlo, maldita sea. Cuando llegó a Anatolia, traía su título de Bioquímico. Tenía una residencia de dos años en Exobiología. Había aprobado las tres fases preliminares con honores...

¡Y todavía me llama estudiante, como a un párvulo de quince años!

—¡Maldito hijo de puta! —gritó. Volteó una mesa de un manotazo y se contuvo. Ni siquiera podía descargar la furia, porque necesitaba todo lo que había en el laboratorio.

Estaba atrapado. El hijo de puta lo había hecho prisionero en su propio laboratorio. No le quedaba otra alternativa que hacer lo que le había pedido. Sí, el maldito sabía lo que hacía. Le quedaban menos de dos días antes de presentar su tesis, y el hijo de puta había destruido la labor de tres meses en un santiamén. Por suerte, llevaba encima las notas del procedimiento. No iba a darle la satisfacción de verlo vencido.

Conectó el dispositivo de memoria a la computadora.

—Memoria auxiliar —dijo en voz alta—: abre archivo Sol 3.1. *Display* páginas 4 a 8.

Como siempre, comenzó a repararlas sin bajarlas a la memoria principal (no confiaba en las máquinas ni en quienes las manejaban). Aunque el primer paso no necesitaba

recordatorio: obtener un espécimen de solitaria para extraer la cadena base.

El “almacén”, como le decían los estudiantes, quedaba al otro extremo del edificio. Cuando iba por la mitad del pasillo surgió el temor: la puerta no iba a abrirse. Hacía más de tres meses que no lo visitaba.

¡Claro, con mi preparado no necesitaba volver a hacerlo, maldita sea!

Con tan pocos estudiantes peleando por su doctorado (tan sólo Aquiles, Heráclito y él), no muchos tenían acceso a la solitaria. Y con las últimas muertes podían haberse puesto más estrictos.

Pero la puerta se abrió. Respiró aliviado, mientras sacaba su ojo del escáner, y entró.

Las gigantescas peceras reproducían los apestosos pantanos de Anatolia, hábitat natural de la solitaria. Y paisaje de las tres cuartas partes del planeta. En medio de aquel laberinto de charcos pestilentes, árboles de raíces protuberantes y cargados de enredaderas, era imposible pretender encontrar a simple vista un espécimen de la maldita cosa. Aun así se entretuvo escudriñando, intentando detectarla en su propia casa, como un cazador acosando a su presa. Sólo un rato; después se cansó.

Distribuidos a lo largo de la pared principal de la pecera había dispositivos; “trampillas feromónicas” las llamaba él. Se acercó a la más próxima y apoyó una mano en la placa lectora.

—Perseo. Estudiante —dijo la voz—. *Un espécimen autorizado.*

Y AHORA LOS ERRANTES SEREMOS NOSOTROS

DAMIÁN NERI OSORIO

Era un planeta azul con pequeños parches marrones y verdes en su superficie. Las nubes se arremolinaban en una región de su hemisferio norte, formando un huracán que giraba a contrarreloj sobre aquel paraíso. Y el globo azul se fue haciendo cada vez más grande. Y luego hubo una segunda visión: un enorme dragón, una tira de blancura volando en el oscuro espacio. Y apareció un segundo ser, que giró en espirales en torno al primero, y ambos bailaron una danza cósmica y se alejaron, con destino hacia ningún lugar. Y después ya no importó el azul planeta, de un azul más azul que cualquier otro; lo único importante era aquel par de dragones. Y el reluciente globo se perdió de vista y el espacio estrellado lo llenó todo, y la visión viajó hasta los dragones que se alejaban y les dio alcance. Y todo era calma, pero

el pasivo universo dio lugar al peligro que se escapa a los sentidos, y ambos dragones atravesaron ese peligro como si éste no existiese, siempre danzando en espirales uno en torno al otro. Y todo pareció confuso, porque aquel peligro ya no existía; su presencia ya no se percibía siquiera con unos sentidos que eran más que sentidos. El universo era prístino y transparente.

Y la visión se desvaneció.

Hui Yongnian despertó. Sus ojos se abrieron y se volvieron a cerrar luego de ver que se encontraba en el mismo plácido lugar, sobre su cama. Las sábanas que lo cubrían se desintegraron en millones de partes que se incorporaron al colchón. Se sentó en la orilla y vio llegar a su esposa.

—Buenos días —le dijo ella, y se sentó a su lado. Pasó la mano

por los despeinados cabellos de Yongnian—. No he querido despertarte antes. Llegó Jorv; dijo que quería preguntarte cosas sobre su futuro trabajo. Se veía muy emocionado.

—¿Aún sigue aquí?

—No; le he dicho que se marchara, que viniera luego porque estabas dormido. Me dijo que mejor hablaría contigo antes del entrenamiento de mañana.

Yongnian suspiró y fijó su mirada en las manos de su esposa, que descansaban sobre su regazo.

—¿Otra vez ese sueño? —preguntó ella.

—Sí.

—Ya te he dicho que si te molesta podemos ir con el...

—No, no —la interrumpió—. Molestarme no. —Y luego hizo una pausa—. Me gustaría salir por mí mismo de esto. Ya sabes mi postura al respecto, querida Gelna... —Notó lo silenciosa que estaba la casa—. ¿A dónde ha ido Alicia?

—Ha salido con una amiga —respondió la siempre hermosa Gelna—; le dije que regresara antes de las 9.

Yongnian acarició las manos de su esposa. El rostro de Hui mostraba las arrugas del paso de los siglos.

—¿Sabes? No estoy seguro de lo que haré —dijo Yongnian— luego de hoy.

—Ese chico es muy hábil —dijo ella—. Lo veo como el próximo jefe de cartógrafos; un gran jefe, como lo ha sido su maestro —sonrió—. Y su maestro al fin podrá estar tranquilo en su hogar.

—Gelna, eso no... Tú sabes lo que realmente me preocupa.

Gelna puso una mano sobre su espalda y lo acarició.

Y Hui Yongnian despertó del sueño. Un sueño dentro de otro sueño. Se sentó. Vio la habitación vacía y silenciosa. Ningún sonido perturbaba la calma que reinaba en toda la casa. La pared del lado extremo del cuarto le informó la hora: eran las 6:71. Con un suspiro volvió a acostarse. Miró hacia el cielo raso y por un momento le pareció ver el rostro de Gelna y, a un lado, el de la pequeña Alicia. Cerró los ojos y al abrirlos de nuevo la imagen se había desvanecido.

Hui Yongnian atravesó la enorme plancha desde donde había partido un gran número de ocasiones en su nave cartográfica. Ahora la plancha estaba vacía. Las naves de la Fuerza de Cartógrafos Espaciales habían sido requeridas para misiones de guerra y los viajes se habían suspendido hacía ya una década.

Entró a un edificio bajo, pintado de gris, y se dirigió al elevador. Bajó varios pisos hasta los laboratorios, donde lo saludaron rostros familiares.

Un hombre enfundado en un traje blanco lo recibió. Sus ojos, lo único visible de todo su cuerpo, se dejaban ver apenas detrás de un par de lentes semipolarizados. El hombre se quitó el casco.

—Hui, tenemos noticias —le dijo, con una voz tan jovial como su rostro—. Ha tenido actividad.

El hombre condujo a Yongnian hacia un laboratorio bien iluminado, en el que en un extremo se levantaba un enorme contenedor de polividrio

Y no dijo nada más.

¡Por qué no pregunta de una vez!

—¿Sí, profesor Andrómaco? —La voz, una máscara de cordialidad.

—¿Tuvo otro inconveniente con la prueba?

¡No, si la tiré de tan loco que soy!

Apretó fuerte la manija del crionizador, evitó cerrar de un portazo y depositó el preparado en la mesada.

—Nada nuevo, profesor. Nada que no pueda remediar.

¡Siempre y cuando me deje trabajar tranquilo!

—Pero la muestra no coincidió, ¿verdad?

¡A usted qué le parece!

Se dio vuelta, calmado.

—No, profesor. Aún no logro una coincidencia perfecta. Pero son sólo dos pares...

Andrómaco sostenía la placa desechada. La había sacado de la basura.

Perseo apenas pudo reprimir el impulso de quitársela de las manos. Giró, para no ver la cara de satisfacción que debía tener, y se concentró en descongelar el preparado. Iba a utilizarlo para recomenzar el proceso, descubrir qué había hecho mal, cuando una mano se lo arrebató.

—¿Y siempre partes de este preparado, Perseo? —preguntó el profesor, mientras examinaba su preparado maestro.

Perseo apretó los dientes.

—Sí, profesor. Hasta ese punto del proceso estoy seguro de no haber cometido errores. Repasé los cálculos y el procedimiento varias veces. El preparado es perfecto.

—¿Y cuántas veces falló el proceso de pareo de las cadenas?

—Pues... —No quería decirle la verdad; no necesitaba esa humillación—. Once veces.

Entonces Andrómaco hizo algo que nunca había esperado: arrojó el preparado al contenedor de basura. Con fuerza. Perseo casi se arroja de cabeza para rescatarlo.

¡Mi trabajo!

—¿Por...? —La rabia era tal que casi no podía hablar—. ¿Por qué...?

¡Tres meses de análisis y contrapruebas!

—Seguramente el error estaba en ese preparado.

Las manos le temblaban. No sabía si el profesor lo veía. No parecía asustado.

—Y, si no es así, rápidamente llegarás al mismo punto y ahora sí estaremos seguros de que no hay error. —Andrómaco le dio la espalda.

De alguna manera Perseo logró no arrojarse para estrangularlo, mientras el profesor tomaba sus cosas y se alejaba hacia la entrada.

—No salgas del laboratorio hasta que termines ese preparado, Perseo —dijo.

Y se fue. Perseo pudo oír el siseo del motor iónico al encenderse y transparentó la ventana a tiempo para ver el vehículo que se alejaba.

Corrió hacia el contenedor de basura y lo revisó, sin esperanza. Había oído el ruido del cristal. Como temía, la muestra estaba diseminada. Contaminada. Inutilizable.

Maldijo al cristal, supuestamente irrompible, aun cuando era lógico que hubiera estallado. Había pasado

UN ENJAMBRE DE SOLITARIAS ES UNA CONTRADICCIÓN LINGÜÍSTICA EN SÍ MISMA

HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO

Lo que sigue es un extracto del informe que acompaña el editado de imágenes de las cámaras de seguridad del laboratorio de Exobiología.

Siendo necesaria la demarcación de un punto de partida para la investigación, originada por las sucesivas violaciones de protocolo que derivaron en los desafortunados accidentes y en la convocatoria de esta Comisión, el rastreo lleva al análisis de las grabaciones efectuadas en 2558:04:21:19:45:32. Esta primera secuencia está registrada por una cámara interna, en uno de los cubículos de trabajo de no residentes en el laboratorio.

—Pero... ¡la puta madre! —Perseo se contuvo de arrojar la muestra y el microscopio al piso sólo porque recordó a tiempo la presencia del profesor Andrómaco. Como si tuviera alguna posibilidad de olvidarla: su

mirada clavada como aguijón en la nuca.

Enseguida se arrepintió del abrupto. El profesor estaba en la otra punta, estudiando (o simulando estudiar) unos especímenes anaenfibios provenientes del manglar oeste, pero seguro lo había oído, porque ya caminaba hacia el microscopio microscópico. Perseo simuló eficiencia para enmascarar su frustración mientras separaba la placa de muestra de ADN.

Andrómaco se quedó a medio camino, examinando unos retoños hidropónicos que debía conocer de memoria. Perseo desechó la placa y abrió (suavemente, conteniéndose) la puerta del crionizador para tomar otra porción de su preparado, todo el tiempo esperando a que el profesor largara la pregunta.

—Estudiante Perseo... —empezó al fin.

dentro del que se percibía a un ser que rememoraba a los dragones de las antiguas leyendas, y el ser flotaba, aunque era más bien como un cilindro con los extremos redondeados, un extremo más agudo que el otro.

Yongnian lo analizó, con los ojos bien abiertos. El cuerpo del errante, dorado y azul, se contorsionaba con suavidad.

—¿Por qué de pronto ha despertado? —preguntó. Sólo una vez, hacía muchos años, había visto al errante en activo—. Ha... ¿ha hecho algo más?

—No sabemos. Lo único que ha estado haciendo es flotar.

El errante sacudió su cuerpo de serpiente y pareció mirar sin ojos a Yongnian. Lo que parecía ser la cabeza del dragón, además de no poseer ojos, tampoco tenía nariz, ni boca, ni otros rasgos faciales. Luego comenzó a moverse en lo que semejaba alguna especie de danza.

Los ingenieros presentes en el laboratorio observaron con atención.

—¿No había hecho eso? —preguntó Yongnian.

—No —respondió el hombre, boquiabierto.

Luego, Yongnian salió de las instalaciones. El errante había despertado. Esperaba que eso sirviese de algo. Cuando el ascensor se detuvo en la planta principal, fue interceptado por un joven.

—¡Jorv! —exclamó con sorpresa Yongnian.

—Hola, Hui —dijo el joven—. Escuché rumores sobre un reabastecimiento de naves. ¿Qué sabes de eso?

—No he oído nada. Yo también espero que pronto volvamos a la normalidad.

—¿Normalidad? Luego de la guerra difícilmente se vuelve a la normalidad. Tal vez nos asignen rutas de mapeo cuya utilidad sea puramente militar.

—Has dicho *nos*, Jorv.

Jorv G Looschip vio que el rostro de Hui Yongnian reflejaba tristeza.

—Lo siento, maestro. Pero tus servicios a la cartografía nunca se olvidarán.

—¿Sabes? —dijo Yongnian—. El errante que capturó Uig Torv ha despertado.

—¿De verdad? —Los ojos de Looschip casi salieron de sus cuencas—. ¿Ya lo has visto?

Yongnian asintió.

—No lo veo animado por eso —dijo el joven Looschip.

—No cambia nada. No —decidió—. Sí cambia todo. Pero no para bien.

El joven Looschip se quedó pensativo, mirando hacia el exterior del edificio, hacia la enorme plancha vacía de nanoconcreto. Luego dijo:

—Los de Ingeniería Inversa argumentan que son necesarios los dos errantes para operar, tal como tú lo viste por primera vez. Siempre viajan en parejas.

—Y me alegro de que no tengan al otro —dijo Yongnian.

—Maestro. —El rostro del joven reflejaba ansiedad—. ¡Iré en busca del segundo errante! —Y luego bajó el tono de su voz—. Tengo una nave.

Yongnian se sorprendió; no por la primera información, sino por la segunda.

—¿Una nave? —Miró a su alrededor como para asegurarse de que nadie hubiese escuchado—. ¿No me digas que tú...?

—Mi nave; no la entregué cuando la alianza lo pidió. Bueno... La entregué, pero volví por ella cuando se la llevaron a la base militar. Pero, por favor, maestro, necesito tu aprobación... Alguien tiene que ir tras el segundo errante.

—Quizá ya no lo encuentres si vas hacia el Término del Brazo 2 —dijo Yongnian, y Looschip se le quedó observando fijamente.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Looschip.

—Porque es muy probable que Torv mismo haya capturado a los dos errantes y los haya traído aquí a Dreaya.

—¿Cómo sabes eso? ¿Por qué Torv no entregó a ambos?

—Lo sé porque he oído muchas cosas en mi puesto como jefe de cartógrafos de este planeta —dijo Yongnian—. Y creo saber por qué Torv no nos contó nada de eso. Quizá tiene un miedo que comparto con él, Jorv. —Puso sus manos en los hombros del chico—. Escúchame. Si tú hubieses visto con tus propios ojos lo que vi allá en el Término del Brazo 2... te negarías a todo esto. Estos dragones son como dioses y saben usar su poder —dijo con severidad—. Este mismo poder, en manos humanas...

—En este momento las naves-planeta de Prometeo están en las cercanías de uno de los sistemas de los cuasihumanos —interrumpió Looschip—. ¿Qué crees que harán,

maestro? ¡Descargarán su armamento biológico contra ellos y los aniquilarán!

Yongnian sintió un escalofrío recorriéndole todo el cuerpo.

—Recuerda —le dijo Looschip—: fueron los prometeítas quienes asesinaron a tu familia... —Y pronto se dio cuenta de que había cometido un error.

Los ojos de Hui Yongnian, que empezaban a ponerse vidriosos, escrutaron el rostro del joven y Hui se alejó con paso rápido hacia la salida del edificio.

—¡Lo siento! —alcanzó a decir Looschip.

Bajo el cielo naranja, hileras de puestos se extendían por las calles y callejones, los vendedores anunciaban toda clase de objetos en venta, y en el aire se percibía el aroma de las especias procedentes de las naciones ubicadas más allá de la Estela de Taurig. Era el Mercado de Garse, que se instaló en Dreaya desde los inicios de su colonización por parte de los prometeítas, diecisiete siglos atrás.

Yongnian se detuvo a comprar un par de uilnes de Yar y aspiró el dulce aroma de aquellos frutos. Los metió en su bolsa y pagó con unas monedas a la mujer que atendía. Yongnian vio que el mercado estaba más bullicioso que de costumbre.

—¿Por qué hay tanta gente hoy? —le preguntó a la mujer.

Ella lo miró con un ojo; el otro permanecía cerrado quizá por una herida del pasado, causada por algún accidente o alguna enfermedad que había sobrevenido con la vejez, pues

y cosas así. Sin que hubiera mediado palabra entre nosotros, el mayor y yo sabíamos que los colonos de C-III estaban moviendo influencias para trabar la investigación. Y por más que seguíamos recabando datos que apoyaban nuestra hipótesis, la información que nos proporcionaría la sonda era crucial.

Como era lógico, ante la falta de resultados, el mayor Falstaff fue relevado de su cargo. La investigación llevó a conclusiones que las autoridades se negaron a aceptar por considerarlas tendenciosas e infundadas. Por suerte, el mayor también tenía buenos amigos y movió sus influencias para terminar en un puesto no muy deshonroso en alguna de las colonias.

Usted se preguntará por qué le cuento todo esto. Es para demostrarle que Falstaff no estaba equivocado ni loco en decir que el planeta tenía una gravedad variable. No sólo eso, sino que la gravedad estaba modulada de tal manera que para la percepción humana era como una canción. Una canción que hablaba de paz y seguridad, de fraternidad y unión.

¡Lamentablemente sólo funcionaba para los jóvenes! Las fluctuaciones de gravedad no son bien toleradas

por aquellos que tienen las articulaciones un poco desgastadas, como cuando un humano va envejeciendo.

Las causas de la variación del campo gravitatorio me son desconocidas. La investigación se cortó cuando íbamos a averiguar si se debía a un cambio en la rotación del planeta o en su forma, ya que supusimos que no podía ser de masa variable. Es en este punto donde le sugiero que usted debería continuar.

Sólo resta decirle que una de las poetisas más sensibles compuso un poema a Contopaen III, sin saber acerca de campos ni funciones, pero que describe bastante bien el fenómeno:

*Las mareas me han traído hasta aquí
me ciéndome en sueños,
[me ciéndome en sueños...
Acuno a mi niña, y la tierra me acuna.
En mis mullidos brazos nada teme;
en sus rocosos brazos nada temo (...)*

*Todos hemos dormido
y despertado en la tierra prometida
Danzando la misma canción,
ondulantes como campos de trigo
que nunca crecerá en estas tierras
[áridas...*

© CHINCHIYA P. ARRAKENA, 2012.

CHINCHIYA P. ARRAKENA (JUANA INÉS GALLEGOS SAGASTUME)
(Argentina —La Plata, Buenos Aires—)

Pasó sus primeros años en Campinas (Brasil). Guía *scout* desde chica, llegó a ser instructora de aire libre y allí adoptó su tótem animal. Ingeniera en electrónica, es docente de Física en la UNLP. Actualmente se dedica, entre tantas otras cosas, al *wushu* y al *coaching* ontológico. Escribe poesía y cuentos fantásticos o de ciencia ficción y pasó por Taller 7 y Los Forjadores. Ahora se anima a mostrar sus trabajos, mientras escribe una novela. Casada con un lector compulsivo de ficción, tiene una hija que crece, hermosa y pizpireta, a pasos agigantados.

del planeta, cantidad de agua, temperaturas promedio, composición del suelo y atmósfera, radiaciones, ciclos de noche y día... en fin, todo.

Falstaff se paseó delante de los datos, tocando aquí, señalando allí, borrando, acomodando números y gráficas en la pantalla durante horas. Yo permanecí en posición de firmes procesando todos los números que me pidió.

Había datos faltantes que interesaban, y mucho. Lo notable era que había por lo menos tres muertes de colonos relacionadas con esas cifras. Y todos eran mayores de edad. Supusimos que no eran accidentes, entonces.

—Esto me hielas las venas, Thera. Pareciera que hubieran ocultado que la colonia era económicamente inviable, pero no se me ocurre con qué razón. Necesitamos la información faltante: sobre la masa y gravedad del planeta, y sobre los metales y minerales que pudieran encontrarse. Peina las redes, Thera; necesito que encuentres esos datos.

—¿Datos restringidos también, señor? Eso me llevará algunas horas. Le sugiero que se alimente, señor.

—Gracias, Thera; siempre olvido que soy humano cuando me involucro en mi trabajo. —Falstaff se alejó riendo hacia el comedor.

Un par de horas más tarde (2:02:15.890 horas, para ser más precisa), anuncié a Falstaff los resultados.

—¡Es increíble! ¿Cómo pudieron pasar por alto la pobreza del suelo donde se iba a fundar la colonia?

—En ese momento pudieron justificarlo diciendo que iba a instalarse

un puesto de avanzada para una exploración más exhaustiva, señor. Luego, al llegar más oficiales científicos, poco a poco fueron estableciéndose hasta que la masa crítica de gente se hizo tal que fue imposible ignorarlos como colonia. Nada de esto hubiera sucedido si el primer grupo hubiera sido mixto, es decir, compuesto por jóvenes y viejos.

—Pero esto es la consecuencia del otro dato que me pidió investigar. Disculpe, señor, no pude encontrar un valor fehaciente de gravedad del planeta.

—¿Cómo es eso? ¿No pudieron medir la gravedad? —dijo Falstaff con incredulidad.

—Los datos de distintas fuentes no coinciden. La medición más precisa arrojaba resultados fluctuantes, señor.

—Qué notable... —dijo Falstaff, rascándose la barbilla pulcramente afeitada—. Me inclino a concluir que éste es el núcleo de todo el problema que tenemos en C-III. Thera, por favor, envía un pedido de sonda robótica para medir el campo gravitatorio del planeta, y sus supuestas variaciones... Espera, no. Haz el pedido sin detallar las mediciones; yo mismo veré de conseguir un ingeniero para configurarla. No quiero que haya ninguna fuga de información.

—Bien, señor.

Semanas más tarde, Falstaff aún se hallaba embrollado en la burocracia para enviar la sonda robótica a investigar. Siempre surgía alguna traba: no había fecha cierta para el lanzamiento, se requería mayor especificación para autorizar su configuración

la mujer parecía tener ya algunos siglos sobre sus espaldas.

—Una nave de la alianza aterrizó temprano —respondió la mujer—; traía a cientos de refugiados. Usted sabe, por la guerra. Si mira, se dará cuenta de que casi todos los compradores son nuevos por aquí.

Yongnian observó a las personas. Era cierto, la mayoría de ellos no tenían rasgos dreayadianos y algunos ni siquiera parecían ser humanos. Vio una cosa que caminaba con seis patas y daba saltos como si cojeara. Mirando hacia otro lugar se encontró con un ser con alas como de buitre, que las agitaba compulsivamente. Seguramente era un habitante de uno de los satélites de Mayeg, donde la atmósfera era lo suficientemente densa como para permitirle volar. Allí no podría levantar el vuelo. Se divirtió un momento mientras miraba.

—Al menos por la guerra tendrá más clientes y sus ganancias aumentarán —dijo Yongnian.

La mujer soltó una resonante carcajada, que dejó ver sus pocos dientes.

—Los beneficios de la guerra son sólo una ilusión pasajera, muchacho.

Yongnian sonrió brevemente, sin pensar mucho en lo que había dicho la mujer. Se despidió y siguió caminando.

De pronto hubo un estruendo y gritos a lo lejos. Yongnian se quedó quieto, paralizado, pero luego corrió para ver qué ocurría. Llegó hasta un par de puestos que se encontraban parcialmente destrozados, y entre éstos flotaba un dragón de escamas

plateadas y rojas, que se agitaba como buscando algo. Un hombrecillo lo sujetaba por el cuello mientras lo acariciaba.

Yongnian se quedó petrificado, esperando que aquello fuese sólo otro sueño del que pronto se despertaría, pues había reconocido al dragón de años atrás, decenios atrás.

El hombrecillo que sujetaba al dragón miró a Yongnian. Los ojos del sujeto eran felinos y sus piernas, volteadas hacia el frente, también eran como las de un gato. Una larga cola resaltaba detrás de él y su piel estaba cubierta de un pelaje negro y brillante.

—Ustedes dos se conocen —dijo el hombrecillo, mirando a Yongnian, moviendo las orejas mientras seguía acariciando el cuello del dragón.

Yongnian no supo qué contestar.

El dragón plateado y rojo fue descendiendo lentamente al suelo hasta posarse en él, enroscándose en sí mismo como una serpiente. El hombrecillo comenzó a levantar su puesto, que estaba volcado. Algunas personas que se habían detenido al ver lo que había ocurrido ya volvían a circular.

—Quiere que lo lleves con su... —le dijo el hombrecillo, mientras colocaba en su lugar unas manzanas violetas, y se interrumpió—. Tú sabes dónde está el otro dragón, ¿verdad?

—Vio la expresión de Yongnian—. Escucha, ellos dos no pueden estar separados. ¿Entiendes?

—¿Puedes hablar con él? —preguntó Yongnian, y de pronto reparó en el aspecto del individuo; probablemente era un cuasihumano que

se refugiaba de la guerra que libraban los prometeítas contra su pueblo.

—Entiendo lo que dice. —El hombrecillo se le acercó. Arrugó la frente, cuyo pelaje mostraba vagamente una letra M de color naranja—. Uno de los tuyos lo capturó junto a su... —Lo pensó un momento—. No hay palabra para decirlo... Y te ha reconocido, cartógrafo.

De un momento a otro, las ranuras de las pupilas del hombrecillo se dilataron y se echó hacia atrás. Boquiabierto, miró al dragón, enroscado sobre la arena. Luego miró a Yongnian. El felinoide corrió hacia un sector poco transitado del mercado y Yongnian, sin saber cómo, comenzó a seguirlo. Hui se encontró de frente con los brillantes ojos del hombrecillo, cuyas pupilas se habían dilatado.

—Estoy seguro de que sabes a lo que me referiré con lo que voy a decirte, cartógrafo Hui Yongnian —dijo el felinoide, y Yongnian supo que el hombre era un telep y, por la forma en la que lo había controlado, un telek—. Nada nos impide terminar ahora con esta guerra que se ha prolongado durante casi cien años. —El rostro del felinoide permanecía tranquilo mientras decía esas palabras—. ¿Qué dices?

—No tienes derecho a usarme contra mi voluntad —dijo Yongnian, con los dientes apretados.

El hombrecillo dejó de retenerlo mentalmente. El cuerpo de Hui se destensó y cayó al piso. Yongnian evaluó lo que acababa de ocurrir. Todo había ocurrido demasiado rápido. Vio al felinoide y luego al errante

que estaba un poco lejos, detrás de ellos, enroscado sobre la arena.

—¿Puedes controlar también al errante? —preguntó Yongnian.

El felinoide asintió con la cabeza.

—Pero sabes que se necesitan a los dos —dijo el cuasihumano, y esbozó una ligera sonrisa. Inspeccionó de nuevo la mente de Hui Yongnian. —Tienes miedo —dijo—. Ya va medio siglo desde que tu gente estudia al otro dragón, sin resultado alguno, y la respuesta está en... —Arrugó sus cejas de gato—. No me gustan los términos en los que piensas. No soy un... cuasihumano. ¡Soy un hombre, como tú!

Yongnian lo miró.

—Sí —dijo el felinoide, leyendo sus pensamientos—, soy un psi. Dios lo sabe. Pero también Jesús, el Hijo de Dios que caminó en la Vieja Tierra, era un psi. —El hombrecillo sonrió—. Yo sé que tienes deseos de terminar con esta guerra, Hui, y que tienes cuentas que saldar.

Yongnian le había dado el día libre a todos los trabajadores y cuando bajó al laboratorio se encontró con que el lugar estaba solitario, aunque dentro el errante flotaba en su contenedor.

Hui entró, acompañado del felinoide, y tecleó la contraseña en la pantalla a un lado de la caja de polívidrio del errante. La pared frontal de la caja se deslizó hacia arriba. El dragón dorado y azul se quedó quieto. Después el hombrecillo se acercó lentamente hasta que pareció que le susurraba algo, en un oído inexistente, al errante. Acarició el

eran muy útiles, nadie le había cuestionado su decisión.

El segundo había sido el coronel Decone. Al negársele la baja, se había suicidado.

Y la última vez se había conformado una comisión compuesta por cinco personas, hombres y mujeres, de edades variadas y distintas profesiones; no sólo militares. La comisión tardó meses en enviar este informe, que no echaba luz sobre el asunto.

Falstaff pidió el resto del documento. Al parecer, el resumen que figuraba al principio era lo único en lo que todos los miembros de la comisión estaban de acuerdo. La experta en terraformación, una mujer de renombre, exponía una serie de razones por las cuales evaluaba que la colonia era inviable, y no podía explicarse cómo los colonos persistían en quedarse. Por el contrario, un joven sociólogo alababa las maravillas de una sociedad que aparentemente no tenía delitos (o éstos eran menores). Y así siguiendo.

Llegado a este punto, le hice notar a Falstaff que todas las opiniones me parecían muy subjetivas, tanto en su redacción como en sus conclusiones.

Comenzó entonces la segunda fase de la investigación: escarbar más hondo para descubrir quiénes eran estas personas y por qué habían sido seleccionados.

Luego de varios días entre datos que parecían irrelevantes, Falstaff tuvo una brillante idea. Me hizo correlacionar las características principales de la gente con sus opiniones. Es decir, comparar

los datos de los agentes que habían ido a investigar, como de cualquier otra persona que se tuviera noticia, con su opinión personal sobre C-III.

El resultado estaba tan a la vista que Falstaff se sintió avergonzado. Sin importar profesión, sexo u origen étnico, todos los jóvenes amaban la colonia, y todos los mayores la odiaban. Pero esto lo sabíamos desde el principio.

—Thera: modo conversacional-visual. —Aparecí con mi uniforme impecable.

—Hola, señor. —Había aprendido que, por más que estuviéramos charlando en su mente, al aparecer frente a sus ojos debía saludarlo.

—Mira, Thera, estoy confundido. ¿Por qué una colonia se compone únicamente por miembros jóvenes? Ése es el objeto de mi investigación. Como me has hecho notar, las opiniones se dividen por edades, por lo que no podemos contar con ellas, porque son muy subjetivas.

—Efectivamente, señor. —Muchas veces el diálogo con Falstaff era casi un monólogo, pero así hallaba muchas veces las soluciones más agudas.

—Por tanto, si no podemos contar con investigaciones humanas, ¿con qué contamos?

—Con las investigaciones robóticas, señor.

—A eso iba. ¿Qué datos tenemos sobre el planeta sobre el que se estableció C-III?

—Especifique, señor.

—Muéstrame en la pantalla de pared todos los datos previos al establecimiento de la colonia: masa

Desarrollo: *Basado en la observación directa, este equipo de investigación supone que se han creado fuertes lazos de pertenencia a Contopaen III, de tal manera que los jóvenes han instaurado una especie de comunidad en las que los adultos no tienen lugar. Las encuestas indican que el 100% de la población sana es menor de cincuenta años. Los mayores de esa edad se pueden dividir en dos grupos: los que están haciendo planes para irse, y los que están demasiado enfermos como para intentar un salto espacial. Entre estos últimos, hay gran índice de suicidios y casos de internación en clínicas psiquiátricas.*

A continuación, le adjunto...

Falstaff dejó el informe refregándose los ojos, cansado. "Basura", pensó. Me sorprendió su pensamiento pero, como no había requerido mi intervención, no me comuniqué con él. El gobierno exigía que la investigación se mantuviera en secreto, y por tanto tenía que soportar estos informes escritos, sin percepciones sensoriales ni conexión luz-sináptica. Es decir, mi función, en este punto de la historia, era de simple espectadora.

Falstaff siguió pensando acerca del problema y se quedó dormido. La ergosilla cambió con mecánica suavidad para que el hombre descansara cómodo.

Comenzó a soñar con los sucesos que desencadenaron la investigación. Contopaen III —o C-III, como le decía todo el mundo— siempre

había sido una colonia problemática. Desde su fundación se produjeron muertes no del todo explicadas, pero se le habían atribuido estos hechos a los peligros que toda instalación de una colonia conlleva. El sueño repetía una y otra vez la escena tantas veces por él vista: el coronel Decone solicitaba, con cara preocupada y ceñuda, su baja inmediata como agente oficial en la colonia. Falstaff entonces dialogaba con el coronel, le preguntaba cosas ininteligibles con tono amigable. Ambos se estrechaban la mano y el asunto concluía.

Falstaff despertó y puso en movimiento cada parte de su cuerpo, en una secuencia ordenada y metódica. Mientras hacía esto, me dijo, como era usual:

—Thera —Ésa soy yo—: modo conversacional. ¿Cuál es el estado del tiempo y la hora?

—Hola, señor. Tenemos afuera un hermoso día soleado, de 18°, y son las 15:45 horas.

—Muy bien, ¿puedes resumir para mí este informe?

—Creo entender que aún no han encontrado la causa de la particular predisposición de las personas a quedarse o irse de C-III.

—Eso supuse: basura. Gracias, Thera; eso es todo por ahora. —El coronel siguió pensando modos de averiguar lo que estaba sucediendo allí, sin tener que ir en persona.

El primer oficial que había enviado a C-III había abandonado la misión y su puesto, y se había establecido en la colonia. Se había casado y tenía hijos. Como sus conocimientos

cuello de éste. Luego el felinoide se alejó, contoneándose como un gato, hacia la puerta. El errante lo siguió, zigzagueando en el aire.

Yongnian miró con sorpresa al hombrecillo y al ser flotante que lo seguía como si fuese una mascota fiel.

Salieron del edificio. Cuando el anaranjado sol de Dreaya iluminó al errante, sus escamas centellearon. Se parecía muchísimo a un dragón como en los que creían los antiguos chinos de la Vieja Tierra. El mismo Hui Yongnian había heredado ese nombre de aquella cultura ahora extinta. Subieron a un aeromóvil: una lágrima metálica de color rojo. El errante flotó dentro y se mantuvo suspendido sobre el asiento trasero. Yongnian se sentó en el asiento del piloto y el hombrecillo a su lado.

Hui conectó el control de gravedad y arrancó el vehículo. Éste se elevó con rapidez. Manipuló los controles y aceleró. Se estremeció al ver al errante detrás de él. Luego de un rato, le preguntó al hombrecillo:

—¿Qué es lo que hiciste allá dentro?

—¿Te refieres a lo que hice con el errante?

—Eso. Pareció que le pediste permiso para llevártelo. ¿Qué sucedió?

—Lo has visto bien —respondió el felinoide, con una sonrisa—. No podía forzarlo a que nos obedeciera sólo porque sí; no podemos tratarlo de ese modo si queremos que nos ayude.

Hui Yongnian miró de nuevo al errante. Uno era totalmente inofen-

sivo. Se preguntó qué pasaría cuando estuviesen los dos errantes juntos.

El trayecto fue corto. Llegaron a un espacio abierto donde estaba estacionada la nave cartográfica de Jorv G Looschip, quien se encontraba sujeto con unas esposas a un poste, pues allí lo habían dejado antes. El aeromóvil aterrizó y Yongnian descendió. Los ojos de Looschip escudriñaron la cabina del vehículo desde lejos.

—¿Lo has traído? —preguntó Looschip, cuando Yongnian se le acercó.

El felinoide también bajó. La puercecilla de la parte trasera del aeromóvil se abrió y salió el errante, flotando con delicadeza, brillando bajo el cálido sol de la tarde.

—¡Por Dios! —dijo Looschip.

El felinoide, luego de descender del pequeño vehículo, se acercó hacia la nave cartográfica y se introdujo junto con el dragón.

Hui Yongnian miró a Looschip.

—Siento mucho lo que ha pasado —dijo Yongnian—. Ahora debo partir. —Se dio la vuelta.

—Maestro, ¡llévame contigo! —suplicó Looschip.

—Me temo que uno más entorpecería lo que vamos a hacer. —Miró al joven subcartógrafo y sintió compasión por él. Se regresó y luego lo tuvo frente a él—. Serás un gran cartógrafo, Jorv G Looschip —le dijo—; explorarás el espacio y trazarás las rutas que los hombres seguirán para ir de un planeta a otro, aunque esta nave que me llevo lejos de aquí ya no sea tu insignia. —Esta vez se alejó y se metió en la nave cartográfica.

Los motores se encendieron y la nave planeó hasta llegar a la parte superior de la atmósfera, para salir de ella a una velocidad de Mach 7 e internarse en el espacio exterior. Luego tomó rumbo hacia el Sistema Omey-Mayeg, uno de los sistemas de los cuasihumanos.

En el interior de la nave cartográfica, los dos errantes se encontraron. Comenzaron a bailar uno alrededor del otro, ejecutando la misma coreografía que la de aquel día, o noche, o tarde, en que Hui Yongnian los había encontrado cerca de los límites de la galaxia. Rojo y plateado contra azul y dorado. Un yin-yang de formas que giraban con delicadeza. El hombrecillo miraba fascinado el baile, mientras que a Yongnian verlos le provocaba una sensación de mareo en el estómago.

La guerra dentro de la Alianza de Naciones, donde cada Nación-Planeta que respete y salvaguarde las leyes humanas está representado, comenzó porque los habitantes de Prometeo, la Nación más vieja y con mayor poder dentro de la Alianza, no reconoció la condición de humanos de los habitantes de tres sistemas. Los argumentos de los prometeítas eran que, tras las modificaciones genéticas a las que se habían sometido los habitantes de estos tres sistemas, el resultado no podía llamarse un ser humano; por tanto, no tendrían derechos humanos ni un lugar dentro de la Alianza de Naciones. Los prometeítas comenzaron una matanza contra quienes llamaron cuasihumanos. Las demás Naciones se declara-

raron en contra de la acción genocida de Prometeo. Y estalló la guerra.

—El comunicado dice que esperarán hasta el día 20 —dijo Hui Yongnian, mirando por la pantalla de la nave—. Y no creo que su objetivo sea usar bacterias para aniquilar a la población; ¿para qué querrían a esos monstruos si así fuese?

Afuera, el planeta Zardis era un gordo disco violeta sobre el negro fondo del espacio, y a menos de dos radios planetarios zardianos de él se encontraban las dos naves-planeta de Prometeo, de un cuarto del diámetro del planeta que acechaban. Esas naves representaban el exterminio, la guerra que arrasa como un maremoto.

Yongnian vio la forma en la que el felinoide observaba al planeta. Sus ojos de gato se habían humedecido.

—¿Este es tu hogar? —preguntó Yongnian.

El felinoide se sintió invadido y se inclinó sobre sí mismo, apartando la vista de la pantalla-ventana. Hui tomó eso como una respuesta positiva. Luego el hombrecillo movió sus orejas en un acto reflejo, pues lo que estaba escuchando no lo percibía con sus oídos físicos. Dijo:

—Los harán explotar. Para darles una lección, según ellos.

—¿Qué? —exclamó Yongnian.

—Me llegan conversaciones que mantienen los altos mandos militares prometeítas. No usarán armas biológicas, como habías dicho. Poseen armas que ni siquiera la Alianza sabía que existían. —El hombrecillo arrugó la nariz y dejó mostrar los colmillos.

EL ENCANTO DE UN PLANETA

CHINCHIYA P. ARRAKENA

Ya que mi memoria, como usted sabe, es fractal, puedo recordar todo como si se tratara de una película sensorial 3D. Ahora trabajo para usted, con usted, en usted, pero por aquella época trabajaba para el oficial a cargo de la investigación.

Todo comenzó esa hermosa tarde de otoño, en esta misma oficina. El mayor Falstaff tomó el papel entre sus manos, y se encaminó a la ergosilla más cercana. Con gran dificultad, pues ya se había desacostumbrado a leer, evaluó el informe que tenía enfrente.

Asunto: Investigación sobre GI581
— Colonia CONTOPAEN III

Objetivo: Descubrir los posibles factores por los cuales la población mayor de edad no permanece en la colonia.

Observación previa: Contopaen III está compuesta solamente por niños y jóvenes en su ado-

lescencia temprana y tardía. A simple vista no parece haber problemas de salud destacables por su frecuencia entre la población. En el anexo se encuentran las gráficas donde puede observarse la distribución normal de las enfermedades y dolencias más comunes. Sin embargo, se notaron dos circunstancias llamativas:

- 1) *La colonia no parece ser viable. A veinte años de establecida, no es autónoma y no produce bienes intercambiables.*
- 2) *Aquellas personas que llegan a la adultez, alrededor de los cincuenta y cinco años de edad, experimentan un deseo impostergable de dejar el planeta para buscar un nuevo hogar.*

foto y cae de rodillas; Edurne se acerca y, al ver la foto, comienza a cavar con sus manos una de las tumbas, e Izaskun permanece quie-

ta, temblando, y mirando hacia ninguna parte.

© GUILLERMO ECHEVERRÍA, 2012.

Glosario

Bidaiairi: en euskera, “viajero”.

Mari: figura principal en la mitología vasca.

Kixmi: nombre dado, en la mitología vasca, a Jesucristo.

Idazlariak: plural de la palabra de origen vasco *idazlari*, “escriba”.

Lur: figura mitológica vasca que simboliza a la Tierra.

Jentilak: plural de *Jentil*; figuras mitológicas vascas de increíble tamaño y fuerza.

Aitonak: plural en euskera que significa “abuelos”.

Kebideak: plural en euskera que significa “chimeneas”.

Jentillarri: monumento megalítico debajo del cual, según las leyendas, los Jentilak se escondieron ante la venida de Jesús.

Ekialde: en euskera, “oriente”.

Beltza: en euskera, “negro”.



GUILLERMO ECHEVERRÍA
(Argentina —Buenos Aires, 1967—)

Nacido en el porteño barrio de Barracas, trabaja en la biblioteca de Ciencias Exactas de la UBA y es un ávido investigador de su herencia vasca.

En **NM** publicó “Cortina de humo” (# 14), en coautoría con TERESA MIRA, y “El árbol de nuestra sangre” (# 16).

Dentro de la nave, los errantes seguían efectuando su danza.

—Dime —dijo Yongnian, cambiando de tema—, ¿cómo llegó uno de los errantes a tus manos?

—Lo tenían encerrado —dijo el hombrecillo—, así que lo liberé.

—¿Encerrado dónde?

—Bajo tierra. Lo escuché. Me sorprendió mucho; no era como nada que hubiese recibido antes. Sus flujos mentales son muy singulares. Algunos días después de que lo saqué de su cárcel, supe que un hombre fue a buscarlo y no lo encontró. El hombre se suicidó; había perdido su mayor tesoro. Tú sabes de eso.

Yongnian miró al hombrecillo. La información sobre el suicidio de Uig Torv coincidía con la historia oficial, aunque quizá el hombrecillo sólo había sustraído datos de su mente y los había retorcido para hacerle creer algo que no era cierto.

El felinoide arrugó la frente y miró la pantalla que hacía de ventana.

Conforme pasaba el tiempo, Hui Yongnian sentía que los ánimos para intervenir se le habían disipado. Tenía un inmenso miedo acerca de la forma en la que actuarían en aquella guerra. A su lado, el hombrecillo permanecía silencioso pero con las orejas telepáticas levantadas.

—Atacarán mañana —dijo de pronto el felinoide, y se le erizaron los pelos—. Eso es dentro de cuatro horas y media. Nosotros los atacaremos antes.

Dejaron salir a los errantes, que siguieron bailando uno en torno al otro, y los dos resplandecientes listones, azul y dorado, rojo y plateado, se alejaron

ondulando hacia las naves-planeta, símbolos del poder de Prometeo.

—¿Estás seguro de que sabrás cómo ordenarles eso? —preguntó Yongnian.

—No estoy seguro —respondió el felinoide—. No he hecho antes... En tu mente encuentro lo que necesito; me guío por lo que sabes sobre variaciones lógicas, sobre las leyes de la física. Sabes muchas cosas, y espero que eso sea suficiente. Además, confío en lo que sé sobre los dragones.

Yongnian, sosteniendo la radio, intentaba captar alguna transmisión proveniente de las gigantescas naves prometeítas. Lo que el hombrecillo había dicho no lo había convencido. Lo miró con desconfianza.

Los errantes efectuaron la danza que habían estado bailando durante miles de años en el inmenso vacío del espacio intergaláctico. La danza ahora era una danza de muerte. Volaron como hojas al viento a las cercanías de las naves-planeta y el espacio y el tiempo cambiaron bajo su voluntad, aunque una voluntad que a la vez era lo que ordenaba el hombrecillo que permanecía sentado a un lado de Hui Yongnian.

El felinoide se mantuvo con los ojos cerrados, en posición solemne. Movi6 un bigote con un espasmo.

—Se han quedado sin energía —dijo el hombrecillo, abriendo los ojos, y vio una leve sonrisa aparecer en el rostro de Yongnian—. Hay naves omeyanas de defensa planetaria esperando atacar a los prometeítas. Les daremos la señal que están esperando.

Hui Yongnian se lamentó de que a la nave cartográfica le hubiesen quitado toda la instrumentación de medición légica y los remplazaran con armamento, pues de esa forma no podría asegurarse de que los errantes habían hecho bien lo que tenían que hacer. Disparó los cañones; un par de proyectiles salieron expulsados con gran rapidez de la nave, y luego otro par. Pasaron algunos minutos para que éstos llegaran hacia una de las naves-planeta, y al llegar detonaron en su superficie.

De inmediato vieron moverse cientos de naves en formación que parecieron salir de ninguna parte, como si hubiesen permanecido inmóviles o camufladas en la oscuridad del espacio, esperando la señal que Hui Yongnian les había dado. Todas iban con rumbo hacia las naves-planeta de Prometeo. Era la flota entera, o lo que quedaba de ella, de los cuasi-humanos de Omei.

Unas pocas naves omeyanas rompieron formación e hicieron llover fuego sobre la nave-planeta que había sido atacada por Yongnian. El fuego cesó en poco tiempo. Parecía que algún capitán de flota se había vuelto loco y había descargado su ira. Las naves que iban a la delantera aterrizaron sobre las superficies de las dos colosales naves huecas.

—Aún escucho señales —dijo Yongnian—. El idioma parece un dialecto prometeíta.

—Hay naves en los alrededores —dijo el hombrecillo—, vigilantes enemigos. Se están retirando.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Yongnian—. ¿Hemos detenido el ataque?

El felinoide asintió.

Vieron a los errantes regresar, girando en espirales uno en torno al otro, y revolotearon junto a la nave cartográfica.

Yongnian recordó que el hombrecillo le había dicho que el número total de militares prometeítas eran de más de cien millones en ambas naves-planeta, un cuarto de todos los efectivos militares de Prometeo. Le pareció imposible de creer que con su intervención hubiesen dejado inútiles a aquellos dos gigantescos planetas artificiales. Ahora sólo esperaba a que los prometeítas fuesen arrestados.

Yongnian captó una transmisión en su radioreceptor. Venía de dentro de una de las naves-planeta.

—...la cosa más extraña que haya visto... —Se escuchó salir una voz del receptor; su acento era claramente omeiano—. Muertos... todos muertos... de aquí. Parece que sus cuerpos se... gelatina. —Y luego se escuchó con mayor claridad—. No sabemos lo que ha pasado aquí. ¡Cielo santo!, ¿quién ha hecho esto?... No quiero estar más tiempo en este lugar... —La transmisión se cortó.

Ambos guardaron silencio.

Hui Yongnian sintió una presión en su sien. Volteó y vio que el felinoide empuñaba un arma y la presionaba contra su cabeza. El rostro del hombrecillo estaba algo contraído.

—Maneja esto de vuelta —dijo el hombrecillo, sin dejar de mantener el cañón del arma contra la frente del cartógrafo.

—¿Qué has hecho? —exigió Yongnian; su corazón latía como si fuera a salirse de su pecho.

donde todos nosotros nos refugiábamos. Cuando Kixmi llegó, nuestro tiempo se terminó y nos cobijamos aquí; sólo quedó en la gente el recuerdo sobre nosotros y todas las historias que tejieron a nuestro alrededor.

—¿Quiénes son “todos”?

—Ustedes nos llaman “seres mitológicos”, aunque en los tiempos primigenios convivimos con los humanos. Pero lo que ahora importa son ustedes. ¿Cómo se llaman?

Las tres nos miramos y por alguna extraña razón le respondimos una a la vez: Edurne, Izaskun, Ainitze.

—Por fin han vuelto. Tal vez ésta vez sea la definitiva; sus nombres son los que faltan en la pared.

—¿Esta usted loco? Nunca estuvimos aquí. ¿No vio caer nuestra nave?

—He visto caer el carro de fuego durante siglos, y también he visto morir durante siglos a Edurne... hija de Lur, a Izaskun... hija de Ilargi y a Ainitze... hija de Eguzki.

Las tres nos miramos con horror.

—No puede ser —dijo incrédula.

—Sus tumbas están en el bosque que se encuentra hacia *ekialde*...

Antes de que terminara de hablar, Edurne salió corriendo, y nosotras detrás. Caímos varias veces por las escaleras gracias al maldito musgo que lo embadurnaba todo; incluso, ahora, nuestras ropas. Una vez fuera del recinto lo rodeamos y bajamos por el lado contrario al que habíamos subido.

Varias veces nos tropezamos en el descenso. La tierra se pegaba

a nuestros trajes a causa de ese musgo. Estábamos cubiertas con manchas de un olor nauseabundo. Ahora las amortajadas parecíamos nosotras.

El bosque se hallaba a nuestra vista; al llegar a él vimos las tumbas mezcladas con los árboles. Las lápidas eran una especie de triángulo isósceles, con el lado menor sobre el piso y, en lugar del vértice superior, un disco con inscripciones. Tenían siglos; algunas incluso estaban rotas.

Nos acercamos desesperadas, les quitamos el polvo a los discos y leímos en una de ellas: “Edurne, hija de Lur”; fuimos a otra lápida y leímos: “Izaskun, hija de Ilargi” y, cuando llegamos a la tercera, nuestros labios temblaban y teníamos los ojos llenos de lágrimas: “Ainitze, hija de Eguzki”.

Recorrimos todas las tumbas que nuestro terror nos permitió, y nuestros nombres estaban repetidos por cientos. El crepitar de un rayo resonó a lo lejos y una insulsa llovizna comenzó a caer; otra vez un frío de muerte acudió a nuestro encuentro, hasta que una gota derramó el vaso.

Delante de una de las lápidas, debajo de una piedra, encontré la fotografía de Beltza, mi pequeño gato que había quedado en la nave principal cuando ésta se incendió. Caí de rodillas y comencé a gritar; ya no de terror o miedo, sino de angustia.

Pobrecillas, ya entenderán. Siempre es igual: Ainitze encuentra la

rrian heriotza ere hil daiteke". Eso significa, más o menos: "No está muerto lo que yace eternamente y con el paso de las eras aun la muerte puede morir".

"Y sigue... "Lur tuvo dos hijas, Eguzki el Sol, e Ilargi la Luna; cada una de ellas tuvo una hija mortal"; tal vez aquí dijera los nombres de ellas... "Las tres hijas se reunirán y vendrán aquí una y otra vez, pero el destino hará que mueran una y otra vez".

—No se por qué, pero me da mucho miedo lo que estás leyendo; nosotras somos tres —dijo E-durne.

—Ya termino. "*Betidanik, unero behin etortzen dena ez dago hilik. Eta urteak joanala, heriotza menderatuz, hiru hilkoak izaki jatorrizkoak askatuko dituzte herbestetik, berriro gizakien artean bizi daitezten*", que se traduciría como: "No está muerto lo que eternamente vuelve. Y con el paso de los milenios, cuando las tres mortales derroten a la muerte, liberarán de su exilio a los seres primigenios para que vivan otra vez con los humanos".

—Son sólo leyendas. Lo que debemos averiguar es dónde estamos; eso es lo que debería preocuparnos.

Sé que debo hablar con ellas, pero por alguna razón esta vez no quiero hacerlo.

Siempre les he contado la profecía y nunca han podido evitar la muerte. Quizá por eso no pueden hacerlo; porque saben que deben. Si no lo supieran, tal vez podrían.

Pero las profecías son inapelables, incuestionables; todos debemos obedecerlas. Sólo así se cumplen.

Sí, debo hablar con ellas. Seguro que se asustarán como siempre lo hacen. Son tan jóvenes y tan hermosas; sería una lástima que otra vez...

—No son leyendas; son profecías.

Las tres nos dimos vuelta y nuestros gritos quedaron atrapados en nuestras gargantas. Nos encontramos con un ser de más de dos metros de alto, cubierto de pelo y vestido con pieles; parecía un cromañón venido del pasado. Tal vez sí habíamos regresado en el tiempo.

—Parece un Jentil salido de un libro de cuentos —nos dijo E-durne por lo bajo.

—No se asusten; soy el patriarca de los Jentilak, el guardián de este lugar.

Nuestros corazones comenzaron a palpar muy rápido. Todo esto no podía ser real; debíamos estar en una especie de sueño comatoso. El agujero negro debía haber afectado nuestra mente, haciendo que armásemos esta "realidad" con los personajes de las viejas historias que oíamos de nuestros *aitonak*, cuando éramos niñas, frente al fuego de las *kebideak*. Tal vez por eso no salimos corriendo de aquí muertas de miedo; había una cierta familiaridad en ese ser imposible.

—¿Dónde estamos? —le pregunté.

—No lo sé; sólo es un lugar. Lo llamamos Jentillarri; el lugar

—¡Sólo maneja, Jesús! —gritó el hombrecillo.

Hui Yongnian tomó los controles de la nave y la hizo maniobrar. Ésta se alejó a gran velocidad del Sistema Omey-Mayeg, para luego introducirse en el Tubo K que los llevaría de vuelta.

Durante el viaje de regreso, el hombrecillo movía los labios de manera que parecía estar rezando. Hui escuchó lo que decía. Le pareció entender:

¡Ay de ustedes, tierras y mares!, porque el diablo ha bajado a ustedes, temblando de furor, al saber que sus días están contados.

Yongnian se percató de que estaba citando el Apocalipsis, la última parte de la Biblia, un antiguo libro de los viejos tiempos de la Vieja Tierra. Miró al hombrecillo.

El felinoide le enseñó sus dientes afilados y volvió su rostro a Dreya, que ya era un gran globo azul y marrón que abarcaba toda la pantalla.

Hui Yongnian vio con el rabllo del ojo la coreografía que ejecutaban los dos errantes en el compartimento de atrás. Pensó que el hombrecillo lo había usado, aprovechándose del hecho de que su familia había sido asesinada mientras visitaban uno de los planetas de los cuasihumanos, a manos de los prometeítas, y el cuasihumano se había valido de eso para cobrarse una venganza que también le era algo personal, pues era contra su pueblo.

Pero de pronto Hui se sintió cansado. Había perdonado a los prometeítas luego de tantos años y tanto pesar. Había aprendido a vivir lo mejor posible con la ausencia de las per-

sonas a las que había amado. Y no sabía realmente por qué había hecho ese viaje.

La nave cartográfica aterrizó en el mismo lugar del que había despegado. En el tiempo de Dreaya sólo habían pasado veinte minutos desde que habían partido. El joven Jorv G Looschip aún estaba esposado al asta, sobre la que ondulaba la bandera nacional de Dreaya. Las puertas se abrieron y Jorv vio salir sólo al hombrecillo, caminando en cuatro patas. Éste miró fijamente a Looschip, dejó caer un arma y luego se alejó corriendo. El joven luchó frenéticamente para quitarse las esposas, sin resultado. Luego escuchó el sonido de algunos aeromóviles. Los vio acercarse e identificó las insignias de la policía. Habían seguido a la nave no autorizada desde su ingreso a la atmósfera.

Hui Yongnian descansaba sobre una cama y vio abrirse la puerta que estaba frente a él. Jorv entró y lo saludó.

—Te he traído algo de comer —dijo el joven Looschip, y dejó algunos panecillos en la mesa a un lado de la cama.

Hui Yongnian lo miró con rostro inexpresivo.

—En unas horas seré ya un cartógrafo —dijo Looschip, y pasó su mano por la cabeza de Yongnian, donde se asomaba la cicatriz circular por encima de la ceja derecha que le había dejado el disparo del arma del felinoide—. Gracias a ti, maestro. —Lo miró pero no reconoció ningún rasgo de su anterior vitalidad—. Sé que te hubiera alegrado mucho este

día. Me darán una nueva nave; ésa será la insignia que honraré de ahora en adelante.

Una parte de la pared frente a la cama daba paso a una pantalla de televisión. El canal de noticias de la Alianza transmitía unas escenas desde el interior de una de las naves-planeta de los prometeítas.

“Todos esos charcos, las masas amorfas que ven aquí”, comunicó el reportero, “eran seres humanos. Se cuentan por millones los muertos dentro de estos dos planetas nave de las fuerzas militares de Prometeo”. El reportero no parecía afectado ante lo que estaba observando, y la ligera transpiración en su frente evidenciaba que había tomado algún medicamento antiemocional. “El gobierno nacional no ha dado información sobre qué y cómo se generó esto, pero se especula sobre la existencia de un arma que, de existir, tendría una relevancia inesperada sobre todo lo que conocemos. El acontecimiento ha generado la rendición de los prometeítas y las...”.

Jorv aplaudió una vez y el televisor se apagó. Miró a su maestro, que no era más consciente de lo que le rodeaba que lo que un niño de un año es consciente de la dinámica de rotación de la galaxia.

—Al menos has logrado detener la guerra —dijo Looschip, sin mucha convicción.

Se retiró de la habitación y salió del hospital. En la calle tomó un aerotaxi que lo condujo hasta el Centro de Cartografía Espacial. El vehículo descendió en la amplia plancha de nanoconcreto donde ya reposaban

algunas naves cartográficas, entre ellas la de Looschip. Una veintena de personas estaba ocupada en los preparativos para la ceremonia que abriría una nueva generación de jóvenes cartógrafos. Looschip bajó del aerotaxi luego y se dirigió hacia el bajo edificio pintado de gris. Tomó el ascensor y llegó a los laboratorios subterráneos. Lo recibió un hombre vestido todo de blanco, que hacía guardia en la puerta.

—¡Hola, Jorv! —lo saludó el alegre hombre.

Looschip vio, a través de las ventanas, que al fondo de la blanca sala estaban los dos errantes, dentro de contenedores diferentes, flotando estáticamente. Cerca de ellos estaba sentado el felinoide, que movía su cola ociosamente. Éste advirtió la presencia de Looschip, y luego desvió la vista.

—¿Dónde están los demás? —le preguntó Looschip al ingeniero.

—Están en junta. Como ves, hago de guardia temporal.

—¿Te ha mencionado algo? —preguntó Looschip, señalando con la mirada al hombrecillo.

—¿Sobre qué? ¿Sobre...? Oh, no —respondió el ingeniero, a quien se le desvaneció la sonrisa—. A mí no. Pero por el momento ha estado cooperando de buena forma. Me han informado que pronto comenzaremos a hacer las pruebas en el espacio. No podemos dejar que los errantes vuelen juntos cerca de un lugar habitado; no quiero ni pensar lo que ocurriría si...

—¿Cuándo comenzarán las pruebas? —preguntó Looschip.

sencia. Ojalá no se asusten. Cualquiera lo haría en este lugar viejo y mohoso.

Decidimos subir y ver qué era esa extraña construcción. El ascenso fue difícil. El terreno era muy empinado y casi liso; resbalamos varias veces hasta que pudimos sujetarnos con nuestros ganchos-estrella de penetración, y en una hora pudimos llegar.

La construcción estaba rodeada por un terreno liso de tierra y unas pocas flores de color verde enfermo coronaban unos tallos de color blanco; sólo tenía una entrada y unas pocas ventanas muy pequeñas. Ingresamos y nos encontramos en una especie de habitación circular; una escalera labrada en la roca iba hacia la torre y otra descendía.

La escasa luz que penetraba por las ventanas poblaba el lugar de sombras; tal vez era que estábamos alerta, pero varias veces nos pareció que alguna de ellas se movía.

Si bien la oscuridad era total en la escalera que descendía, nos aventuramos por ella, ya que un leve resplandor verde enfermizo se divisaba allí abajo. Era muy larga y estaba muy destruida; nos teníamos que sostener entre nosotras para no resbalar y caer. No había de dónde sujetarse; intentar hacerlo apoyándonos en las paredes era peor, pues estaban cubiertas de un moho blanquizco y húmedo con un olor pútrido casi irrespirable. Por suerte teníamos nuestras máscaras.

Cuando llegamos al final, se abrió ante nosotras otra estancia circular;

de ella salían hacia el interior de la tierra varios túneles forjados por la naturaleza cuyo final no alcanzábamos a ver, ni siquiera con nuestras linternas. Un frío de muerte salía de ellos; el paso del tiempo había hecho su trabajo tanto afuera como adentro de la construcción. Un rancio olor a siglos inundaba la estancia; la piedra estaba carcomida en muchos lugares y el moho se desplegaba por todos lados. Unos animalillos parecidos a ciempiés y otros a gusanos eran los reyes del lugar. Los pobres animales nunca habían visto la luz del sol; su piel era blanca como si una mortaja los recubriese.

En la pared que teníamos al frente había esculpidas dos figuras.

—Parecen dos *idazlariak* —dijo Edurne, nuestra etnógrafa y arqueóloga.

Nos acercamos para ver mejor.

—Miren, parece que lo que está escrito en las tablas que sostienen los *idazlariak* ha sido transcrito aquí al lado —dijo Izaskun, nuestra experta lingüista—. Pero... ¿no puede ser!

—¿Qué?

—Es muy similar al euskera arcaico.

—Es imposible —dije—, ¿regresamos en el tiempo?

—Bueno, es una de las posibilidades; nadie que cayó a un agujero negro logró volver para contar lo que hay del otro lado... o en el fondo.

—Voy a intentar leerlo... Creo que dice... “*Ez dago hilda datza dagoena betirako, denbora doan neu-*

cían formar un semicírculo y por alguna razón decidimos dirigirnos hacia allí. Tal vez pensamos que sería un lugar resguardado.

La atmósfera tenía una mezcla de gases similar a la de nuestro planeta, pero mucho menos contaminada, así que nos quitamos los cascos; la temperatura era de 23°, el día era diáfano y había una brisa que movía nuestro cabello. Después de todo lo que habíamos pasado era un placer volver sentir el viento en la cara.

El lugar era muy parecido a cualquier páramo de la Tierra: solitario, con pocos sonidos, sin vida. Eso nos llamó la atención; no vimos nada con vida, salvo la vegetación de colores verde y amarillo insípidos.

Después de tres horas de marcha, la temperatura comenzó a bajar y el cielo empezó a esconder la claridad, dando lugar a un color bermejo que llenó el paisaje de sombras. El terreno era muy incómodo para caminar, lo cual, sumado al cansancio, hizo que nuestras piernas flaquearan, así que decidimos armar la carpa y continuar al día siguiente.

El margen del pequeño arroyo que encontramos, con el agua límpida como pocas veces habíamos visto, era un excelente lugar para pasar la noche.

Por fin nos quitamos los trajes y pudimos ponernos ropa más cómoda, comimos nuestra ración diaria, que ahora debíamos cuidar más que nunca, tomamos del agua enriquecida propia de los equipos de exploración o de emergencia —como el nuestro—, y nos deleitamos con

una barra de chocolate cada una. Tal vez estábamos locas, pero armamos en el exterior de la carpa el espacio para la ducha y fuimos a darnos un baño. El agua del arroyo estaba fría, lo cual, unido a la brisa y a la temperatura ambiente, fue un bálsamo para nuestros cuerpos y nuestros espíritus.

Con nuestros cuerpos limpios y frescos —casi fríos— nos acostamos.

Nos llevó dos días completos llegar hasta el semicírculo y medio día más atravesarlo, y fue muy grande la sorpresa cuando nos encontramos, al frente, con otra colina que tenía una particularidad. En su cima había una construcción de piedra con una especie de torre en el centro; unas pocas ventanas estaban abiertas en la roca y su lado derecho casi derrumbado. Seguramente era anti-
quísima.

El carro de fuego cayó hace poco más de dos días. Al principio pensé que era Mari que venía a reunirse conmigo, pero no... Hace mucho que Mari no viene a verme; en realidad, hace mucho que nadie viene a visitarme. Estar de guardián en esta torre hace que uno se sienta muy solo.

Del carro bajaron tres jóvenes mujeres. Tal vez sean ellas otra vez.

Si es así, quizá la espera terminó y haya llegado el momento en que volvamos a aparecer y compartamos el mundo con Kixmi.

Ahí están, vienen hacia aquí; es hora de bajar y ocultar mi pre-

—Posiblemente en una semana —dijo el ingeniero, y luego la sonrisa volvió a su rostro—. Aún no sabemos en lo que nos hemos metido, Jorv. Lo siento mucho por el jefe Hui. Pero lo que estamos a punto de presenciar es una revolución total. —Su expresión era entre fascinación y terror. El ingeniero miró al felinoide—. No puede leer ahora nuestros pensamientos; le hemos instalado un bloqueador. Ese sujeto no es el único con estas capacidades. Pronto encontraremos alguien de más confianza para el trabajo y prescindiremos del hombre gato. —Se acercó a Looschip—. ¿Recuerdas a Bon Lemard? Looschip asintió.

—Fue quien sugirió una forma de viajar a velocidades hiperluminicas dentro de un Tubo de Krasnikov —apuntó Looschip.

—Exacto. Sólo que hasta ahora —dijo el ingeniero—, apenas hasta ahora hemos encontrado la respuesta para hacerlo posible. —Y señaló a los errantes dentro de sus jaulas de polividrio—. Sería factible viajar a otras galaxias en periodos menores a una vida humana, eliminando a nuestro paso todas las singularidades lógicas; las variaciones en las fuerzas de interacción físicas ya no serán problema. Y eso si no somos optimistas. ¡Es el sueño de cualquiera! Estos seres son capaces de trastornar el universo. Estamos hablando de controlar las leyes de la física, de modificar el universo mismo, Jorv.

Looschip sintió repugnancia. La mirada del ingeniero le parecía la de un fanático religioso hablando del regreso de su señor. Le dio la espalda

y luego miró a los errantes, que su maestro había descubierto, hacía ya medio siglo, en el Término de Brazo 2, en los límites de la galaxia. El primer contacto de la humanidad con seres extraterrestres y resultaba en esa aberración. Se volvió hacia el ingeniero y le dejó caer un pesado golpe con el puño. El sujeto se desplomó y Looschip estrelló en repetidas ocasiones la cabeza del hombre contra el piso. Vio que el ingeniero ya no se movía. Luego miró al hombrecillo, que estaba temblando y tenía las orejas inclinadas hacia atrás, como un gato asustado. La respiración de ambos era agitada, sobre todo la de Jorv. Éste abrió la puerta del laboratorio y se acercó hacia las jaulas de los errantes. El hombrecillo dio un salto hacia atrás.

—Vas a ayudarme con esto —ordenó Looschip, y desconectó las agaraderas magnéticas que mantenían a las jaulas sujetas al suelo—. ¿No tendrás problemas para trasladarlos, verdad?

El felinoide negó con la cabeza. Las jaulas se separaron del piso y flotaron, bajo las órdenes del cuasihumano.

Los errantes comenzaron a bailar.

—Sígueme —le dijo Looschip al felinoide, mientras miraba a los danzantes dragones centellear dentro de sus jaulas, bajo las lámparas del laboratorio. Creyó comprender el miedo de su maestro a aquellos seres—. ¡Esto no pagará lo que las hecho! ¿Me has escuchado? —le advirtió al hombrecillo, sujetándolo furiosamente del cuello. Vio sus rasgados ojos contraerse. Lo soltó—. La nave está justo arriba. Hay varias personas allá. ¿Puedes hacerte cargo?

El hombrecillo asintió con la cabeza.

Looschip desenfundó la pistola que se le había dado para usarla simbólicamente durante la ceremonia; sin embargo, ésta estaba cargada.

—¡Nos largamos de aquí! —dijo, y se dirigieron hacia el ascensor. Los dos contenedores de polividrio flotaron dentro—. Y ahora los errantes seremos nosotros.

© DAMIÁN NERI OSORIO, 2012.



DAMIÁN NERI OSORIO
(México —Villahermosa, Tabasco, 1991—)

Residente en México, DF, comenzó a escribir en 2009, luego de leer a PHILIP K. DICK.

En **NM** 21 publicó “El efecto Neandertal”.

EL CÍRCULO

GUILLERMO ECHEVERRÍA

La caída en la grieta espaciotemporal había averiado casi todos nuestros sistemas. Navegación y comunicaciones no estaban operativos; a duras penas funcionaban los estabilizadores y perdíamos energía a cada instante. Cuando salimos de la distorsión nos encontramos cayendo, con el casco aumentando de temperatura segundo a segundo. El equipo de escaneo, que ya comenzaba a fallar, nos mostró que nos dirigíamos hacia un planeta... en algún lugar del espacio y del tiempo. Tratamos de acomodar el transbordador para poder tocar suelo con la menor cantidad de daños posibles, pero el impacto y el deslizamiento sobre la superficie fueron letales para el *Bidaïari*.

Cuando por fin nos detuvimos ya nada funcionaba; estábamos perdidos en alguna de las muchas dimensiones del universo, sin comunica-

ciones, sin cobijo —la nave no nos servía ni para eso; el pobre *Bidaïari* ya no tenía estructura y su casco humeaba—, sin saber con qué nos encontraríamos allí afuera. Estábamos entrenadas para este tipo de contingencias, pero todo se fue al demonio: lloramos por horas; ya no veríamos más a nuestras familias, a nuestros amigos, a la Tierra.

Después de un día entero de lamentarnos decidimos vencer el miedo y la angustia, y salimos al exterior con nuestros equipos individuales que, por suerte, no habían sufrido daño alguno.

El paisaje a nuestro alrededor era una llanada con hierba, tierra y pequeñas piedras. Por aquí y por allí había colinas bajas desnudas de vegetación —muy distintas de las de nuestro hogar—; a nuestra izquierda vimos un grupo de ellas que pare-